



JOSÉ ZAHONERO

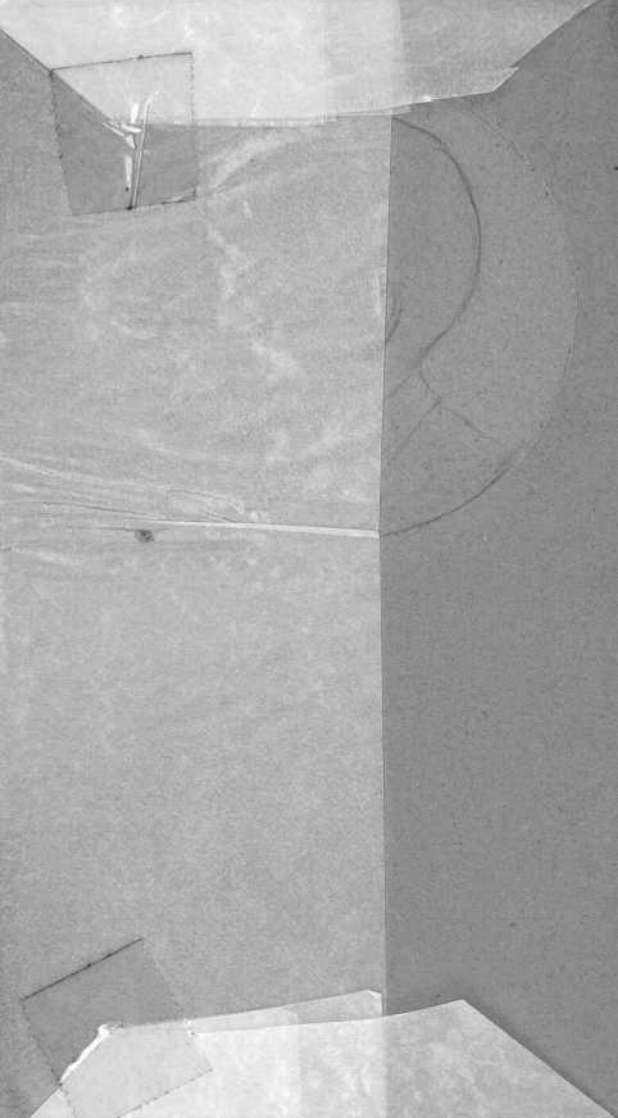
---

# FRAY MUÑEIRA

EDITORIAL IBERO-AMERICANA

MADRID: Descargaño, 9, II y 15

BARCELONA: Valencia, 209



30  
26  
A

**ORO VIEJO Y ORO NUEVO**

---

VIII

T. 171093  
CB. 1222035





JOSE ZAHONERO

---

# FRAY MUÑEIRA



EDITORIAL IBERO-AMERICANA

---

MADRID

*Desengaño, 9, 11 y 13*

LIBRERIA

BARCELONA

*Calle Valencia, 209*

BAJOS



R. 138827

## Al Excmo. Sr. Marqués de Santillana

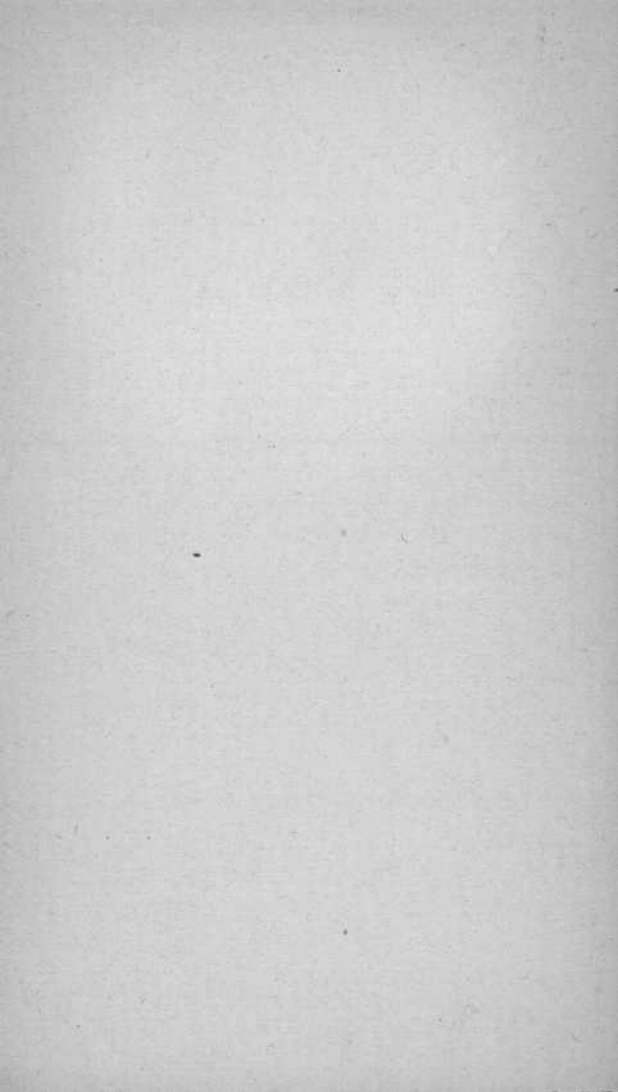
---

*Bien sabe usted, mi señor y amigo, que adeudo á la bondad de usted un libro, y con todo mi corazón le dedico y envío éste, como certificación más firme de la promesa hecha por mí á su gallarda generosidad, aunque siento que ni éste ni ningún otro pobre trabajo mío puedan corresponder á lo mucho que usted merece.*

*Soy su muy afectísimo,*

**José Zahonero.**

*Madrid, 1906.*





## FRAY MUÑEIRA

---

Era yo muchacho, alegre como un jilguero, travieso como una cabra; no tenía otras ocupaciones que las de hacer con todo el cuidado y esmero posibles una plana, según el primoroso arte de Torío é Iturzaeta, y estudiarme de memoria una lección al día. Después corría por el Parroto, al cual daban los balcones de nuestra casa, escapábame á veces al rugiente Orzán, y aun me aventuraba en ocasiones á hacer excursión campestre con otros diabólicos chicuelos á la fuente de Santa Margarita.

¡Qué novedad, qué alegría infundía en mi ánimo aquel campo siempre vestido de verdor! ¡Qué asombro, qué intensa maravillosidad aquel mar inmenso, aquellas innumerables manadas de encrespados

leones que incesantemente se arrojaban con furia y majestad sobre las negras rocas, cubriéndolas de espuma blanca, leve, profusa y ligera, tenue y graciosa como un velo nupcial.

Para un chiquillo criado en el terruño de Castilla la Vieja los dichos espectáculos habían de ser sorprendentes, y, en efecto, nada había en Coruña que no fuese para mí motivo incesante de admiración; no se ven hoy confundidos los recuerdos, sino bien precisos, distintos y claros se conservan en mi mente. Veo aquel lugar encantado en que hallábamos todos los días una portentosa abundancia y una pasmosa variedad de conchas y caracolas, que en nosotros despertaron la afición á la malacología; veo la poza en cuyo fondo divisé al horrendo cefalópodo, al repugnante pulpo; veo salir del puerto, levantando á babor y á estribor montes de espuma, al vaporcillo de ruedas que diariamente salía para Ferrol. Todo lo veo; las unas veces nacarina nebulosidad, las otras esplendorosa extensión azul del cielo, el verde bronce del mar, la riqueza de aquella grandiosa paleta con que Dios iluminó de mil colores la tierra y el mar de Galicia.

Conservo recuerdos de muchas personas,

de mis camaradas de travesuras, valerosos maestros de natación; de una graciosa niña, á la cual veía todas las mañanas pasar por la calle de Tabernas con los libros en la mano, niña que después logró palma y victoria en las letras españolas, y, en fin, recuerdo al negro Domingo, viejo, tartajoso, inofensivo, pero terror de los chicos, pues era el coco oficial señalado por todas las madres como amenaza contra los desobedientes. ¡Pobre negro! Lleno de reuma, humillado, tímido, viviendo de la pública caridad, vistiendo grotescamente una vieja bata verde y un gorro colorado; pero el más firme, el más querido de mis recuerdos después del de don Ildefonso, mi maestro, es el de fray Muñeira.

Yo no recuerdo la Coruña de los hombres, la del comercio, la de la navegación, la del exquisito y selecto trato social; yo sólo puedo presentar la Coruña en que yo vivía, una Coruña á vista de niño.

Fray Muñeira era un exclaustro; vivía en el portalón de un caserón de no sé qué calle; recuerdo sus borceguíes, que él mismo recomponía sentado en un banquillo de tachuelero; recuerdo su largo levitón gris, que él mismo recosía y zurcía; sus gafas, á través de las cuales veíamos

con espanto sus enormes ojos; sus cabellos eran grises, su cara larga, afeitada y manteniendo con una expresión, entre severa y burlona, la duda de si aquel hombre estaba contento ó enojado. No le incomodaba que entrásemos los muchachos en su habitación, que era... yo os lo diré cómo era: alta de techo, de cuyas vigas pendían, como bambalinas de teatro, grandes y espesas telas de araña; el suelo estaba embaldosado, desigualmente, con ladrillos, y entre éstos y los rincones de las paredes veíanse agujeros por donde salían los ratoncillos, á los que echaba cortezas de queso y migas de pan el bueno de fray Muñeira. Ni las vecinas que vivían en lo alto, ni los que habitaban en lo bajo, le eran molestos á fray Muñeira, por el cual supe yo entonces que había existido un San Francisco de Asís, defensor de todos los animalillos; fray Muñeira nos habló de ello.

Y he aquí que yo no sé más de fray Muñeira ni á qué Orden había pertenecido como fraile, ni de qué vivía y por qué le llamaban fray Muñeira, ni otra cosa, sino que nos contaba á los muchachos vidas de santos, nos ponía rejos á los peones sin llevarnos un cuarto, y se acabó. ¡Ah! sí: recuerdo que tenía una cama



con una piel de no sé qué animalucho, una mesa con un crucifijo, un saúl sobre sus pies de pino y una rinconera en la que tenía cazuela, platos, un puchero y un cubierto de cuerno.

¿Qué más recuerdo, qué más recuerdo? ¿Verdad? Ahora lo diré. ¿Verdad que estos tipos al parecer insignificantes suelen ser á veces en nuestra vida los que nos brindan el mayor de los beneficios? Una mañana, otro chico y yo entramos en la habitación de fray Muñeira para pedirle que nos hiciera un bote de un duro taruquete de boj; recuerdo que por entonces, aunque esto sea incoherente, se hallaba en el puerto la fragata «Niágara», norteamericana, federada ó confederada, en persecución de, ó perseguida por otros barcos de su país en fratricida guerra.

—Buenos días, hermano José—dijimos á fray Muñeira.

—Vaya una manera de entrar—replicó el anciano;—se dice: Ave-María Purísima; y se dice: Buenos días nos dé Dios.

—Así decía Toribio, el tonto, que se ha muerto ayer—contestó Valentín, el niño que me acompañaba.

—Tonto; ¿y por qué era tonto?—preguntó fray Muñeira.—¿Porque rezaba mucho; porque era devoto; porque no le

gustaba beber, ni bailar, ni meterse con nadie?

—No es por eso—dije yo;—ya ve usted, era criado del conde que vive al lado de mi casa; ¡si le conocería yo!; no hablaba dos palabras, iba siempre con los ojos medio cerrados y la boca medio abierta; le llamaba usted para ver algo, pongo por caso, ese barco de hierro y de espolón que vino el otro día, ya ve usted, todo hierro, y con aquel pico que, topando con cualquier otro barco, lo hace astillas; pues nada, Toribio, como si tal cosa.

—Pues ¿y cuando iba con aquel cucurucho de higos, y va Andresillo, pasa y se lo quita, y el tonto de Toribio se echa á reir?

—Anda tú—dije yo;—eso es *na pa* cuando le pusieron de parte á parte de la calle una cuerda, lo cual estuvo muy mal hecho, sí señor, que fué una barbaridad, y él no la vió, tropezó, cayó al suelo, se abrió una brecha en la frente el pobre Toribio, y va él, ¿y qué hace?: pues sin hacer caso de los granujas que se estaban riendo, se levantó, se puso un pañuelo en la frente para que no se le fuera la sangre, y diciendo no sé qué en voz baja, apuesto á que rezando, se fué á su casa, y añadí: ya usted ve si era tonto, ni vió

la cuerda, porque iba siempre embobado, ni dió unos estacazos á los que se la habían puesto.

Fray Muñeira, tomando el taruguete de boj que le alargábamos, nos dijo que aquello nos había de costar dos reales, y que nos lo haría inmediatamente, invitándonos á que le acompañásemos á las piedras del derruido muro del Parrote, junto al mar. Fuimos allí, sentóse fray Muñeira, y empezó con su navaja á labrar el tarugo mientras nosotros atentamente contemplábamos la operación dominando la impaciencia y casi conteniendo el resuello.

—Adiós, Vicente—dijo el hermano fray Muñeira á uno que acertó á pasar por el Parrote.—¿Adónde vas tan deprisa?

—Buenos días nos dé Dios, hermano José—contestó el aludido;—voy á hacer unas señas desde aquí para que traigan la falúa del señor conde á estas piedras, que el señor conde va á embarcar.

—¿Conque se ha muerto el pobre Toribio?

—Sí, hermano José, ayer le enterramos.

—¿Era un buen compañero, eh?—replicó fray Muñeira.

—En cuanto á eso, sí; siempre dispuesto á ayudarle á uno, y jamás tuvo

cuestión con ninguno de nosotros, ni llevó enredos y chismes al amo.

En esto llegó el señor conde de la Marola, al cual saludó fray Muñeira, y con el cual no sé cómo se habló de Toribio, manifestando el señor conde que no había tenido un criado más respetuoso, más leal, y un servidor cuidadoso, que aunque un un poco tardo en entender, porque carecía de talento, era muy escrupuloso y obediente en cumplir.

—¿Ve usted como todos tenían por bobo á Toribio?—dijimos á fray Muñeira cuando nos hallamos solos con él.

—Oye tú—me dijo á mí;—ponte de pie y mira á ver si ves una manchita verde que se ha puesto en el sol; mira fijamente, pon mucho cuidado; si no, no la verás.

Hice lo que me ordenaban, y pasado brevísimo tiempo, durante el cual estuve mirando al sol, díjome fray Muñeira que fuese hacia donde él estaba, que tal vez desde allí pudiera ver mejor; pero al apartar mis ojos del inmenso resplandor, quedéme en tinieblas, y cuando pude ver algo apenas si acerté á dar con seguridad dos pasos. Ocurrióle lo propio á Valentín, y poco después, éste y yo, sentados, con los codos apoyados en las rodillas y con las manos sobre los ojos, quedamos asombrados por aquel deslumbramiento.

—Por eso era bobo Toribio—nos decía fray Muñeira,—porque él tenía los ojos de su alma puestos en Dios y estaba deslumbrado.

Muchos años después, recordando al sentencioso fray Muñeira, y cuando estábamos haciendo en nuestra mente un esquemático trazado para una conferencia de festiva forma y grave fondo, ocurriéronos pensar en que no parece sino que hemos venido á este mundo con el fin de calificar á los demás: aquél nos parece un malvado, estotro un loco, el de más allá un tonto, y en cuanto á la opinión que nosotros tenemos de nosotros mismos, bien revelada queda cuando tenemos que replicar á los calificativos que los demás nos hacen.

¿Mentirosos? Ni por pienso. ¿Hay hombre que crea que come demasiado? ¿Se resigna uno á que le tengan por tonto? Y así ocurre que al que se ciñe á hablar lo puramente necesario, al que se resigna contento con lo que le cabe en suerte, al que sin esfuerzo ni violencia cumple con su deber, se le tiene por vulgar y apocado, y al que apartándose de las frivolidades de la vida engarza en los cielos su pensamiento, ve por encima de lo efímero y accidental lo permanente y eterno, y

vislumbra el resplandor, la infinita belleza, es decir, tiene inteligencia para ver lo que los demás no ven, le tenemos por bobo, tomando por ceguedad lo que es deslumbramiento.

No, en verdad; jamás podré olvidarme de fray Muñeira.

---

# LAS CAMPANAS

(CUENTO ORIGINAL)

## I

Eran de lo mejorcito del pueblo... Altos, ¡vaya! Gallardos, ¡digo! Hermosos, ¡mucho! Fuertes, por supuesto, y jóvenes aun á pesar de que nadie podía decir, ¡se había perdido en esto la memoria! nadie podía decir, repetimos, desde cuándo se hallaban allí, en apacibilísima vecindad, separados á unos ocho pasos de distancia exactamente medida.

Habían contado ya con mucha gala muchos abriles, y había que esperar que contasen muchos más, siendo agradables á todo el mundo y habían resistido muchos contratiempos del cielo y de la tierra.

Jamás se habían hablado, manteniéndose en majestuosa gravedad, tiesos, uno frente á otro simétricamente; tan sólo algunas veces se hubiera podido decir con

alguna propiedad, al verlos mover los brazos ó al ver que agitaban su ropaje, que ya muy gozosos, ya muy enojados, se hacían señas.

Eran tan generosos, que acogían, sin duda, benévolaemente á cuantos se les acercaban en demanda de consuelo deleitoso, de descanso ó de guarecimiento; viejo, niño, mujer, hombre, rico, pobre, enfermo ó sano, paisano ó forastero... y tan buenos, que hasta los niños traviosos se les subían desvergonzadamente encima.

Sin embargo, los dos compañeros, los tales *sujetos*, que bien puede llamárseles así por lo bien prendidos que estaban á la tierra natal... tenían casi siempre la cabeza á pájaros, lo cual podía ocasionarles un disgusto.

Como testa de loco, revuelta por la confusión de ideas heterogéneas, así en aquellas frondosas copas revoloteaban y producían bullicio incesante jilgueros, pardillos, verderoncejos, la canalla de los gorriones y sinnúmero de pájaros de todas castas y parlerías... hasta ruiseñores.

¡Si aquellos árboles hubieran podido hablar!... Pero eran prudentísimos, testigos discretos que, cuando llegaba la cosquilleadora brisa ó el huracán recio... tan sólo un prolongado *chist-chist* imponiendo



silencio ó un murmullo blando salía del ramazo y de las temblorosas hojas.

—¿Pus sus querís que vos diga lo cay cacer? ¡Pus la contraria! ¿Conque mandan plantar arbolicos pa que nos coman los pájaros? ¿Conque Fiesta del Arbol? ¿Quieas que no quieas? Musotros derribamos los dos que están en el artrio de la iglesia, y ¡pata!

Si el hacha hubiera podido hablar, no lo hubiera hecho con golpes tan secos y ásperos, ni haciendo tanto daño á la palabra y al sentido como la lenguaza de buey que, metida en una bocarrona grande y hondota, entre muelas y dientes como guijarros, hacía con el rebuzno aquellas maravillas oratorias... porque era de la pertenencia de *Quico*, el concejal.

—Pero, gran bestia, gran bestia—le decían.—¿Te atreverías tú á derribar esos árboles que plantaron allí nuestros abuelos? ¿Qué mal te hacen los árboles?

Sí, sí...; que le fueran al testarudo, al calabaza aquél, con tales retóricas.

—¿Ves tú el escupitinajo? Pues eso se me importa de na—decía el hombre público más bárbaro de Bríjoles, el tozudo *Quico*, Sr. *Quico*, D. *Quico*, *Quico* borrico, según le cantaban los muchachos.

¡Cayeron! ¡Qué desastre!

¡Al suelo con los ramos! ¡Qué leñada!  
 ¡Al suelo con los troncos! Pelaron, amputaron, extrajeron copa, tronco, raíces.

Ojos hubo que lloraron la destrucción de aquellas hermosuras; corazones que se llenaron de indignación al ver derribados para siempre dos heraldos, dos estandartes que en la pompa de las hojas, en los esbeltos troncos enclavadas estuvieron, lanzones y banderas, levantando y señalando recuerdos sagrados que jamás se deberían de borrar... que no entendían ciertamente ni los pobres amos, ni los bueyes, ni las mulas, ni las cabras, ni *Quico*, ni animal alguno... aunque muchos se habían parado á pastar la hierba al pie ó á rozarse con los troncos ó á sombrarse y guarecerse de los ardores del sol... bajo las hojas de los árboles patriarcales.

—*¡Ajueira vejeces!... Europeización modernizante, y aun habría que hacer algo de mayor violencia ¡recontra! Una barbaridad más saliente... Mayor escándalo. Quico edil lo había resuelto.*

¿Qué sería? Nadie podía sospecharlo... El se lo reservaba... ¡Astucia de revolucionario!... *Quico* era siervo político de un tunante.

Un Don Tal y Cual..., que estaba en Madrid, era su amo, y los inmundos pa-

peles públicos que *Quico* á trompicones leía... hojas infames, nutrían á pasto su estupidez congénita...

Por eso, él sonreía malignamente..., premeditando barbaridades. Marcos, el viejo Marcos, no dejaba ningún día de detenerse á mirar con ojos muy tristes el sitio donde habían estado los árboles... Y meneaba la cabeza, y allá en sus adentros pensaba... pensaba, ¡lo que él pensaba! Pensaba todo un rosario de recuerdos en decenas de años... Hechos sucesivos, rítmicos, llenos de intensa poesía, iluminados por suavísima claridad; alegrías y tristezas cadenciosas; curso de la vida de muchas almas, en la confraternidad íntima, sagrada, de existir á un mismo tiempo, sentir la misma fe y seguir las mismas tradicionales costumbres... Cadena de plegarias gozosas y plegarias dolientes... ¡Historia cuyo manantial brotaba de las cunas como de miles de linfas é iba sosegadamente á verterse en lo insondable del sepulcro.

En aquellos árboles se habían detenido siempre, desde remoto tiempo, las comitivas de bautizos, de bodas y de duelos; á sus ramas se habían encaramado centenar de generaciones de chiquillos; en los troncos habían grabado sus nombres los

amantes de bisabuelos para abuelos, de padres á hijos, de hijos á nietos; en torno de aquellos pabellones de hojas habían danzado los mozos y las mozas durante más de un siglo... habían descansado siempre los ancianos, amparados por aquellos magníficos quitasoles.

Pues bien, aquel año ya no estaban allí los árboles el día de la fiesta para que en ellos colgasen farolillos de colores...; pero el Concejo cerril y bárbaro, *modernizante*, clavó estacas revestidas de hojarasca y vendadas con percalina amarilla y encarnada y ridículos colgajos.

*¡Quico imperator!*

—Amos (vamos, quería decir), yo no sé hablar polido, ¿estáis?; pero sé pensar (pensar era su instinto), sé lo que se ha de hacer varear (variar, era lo que pretendía). Too esto, da riba pa bajo, pa elante lo que está pa tras (á coceo asnal), lo da drento pa fuera.

Decía relinchando, contra los corazones, contra el sosiego de las gentes, contra el sentido común, contra la dignidad de las almas.

El cacique de la provincia, los siervos del cacique en el lugar, habían hecho tiente de alcalde á *Quico*...

—¿Que están toos contra mí? Pus yo contra toos.

Daba su fórmula de hombre-Estado. El era representación de una minoría procaz, mañosa, dominando por sorpresa, avasallando al pueblo...

*¡Quico, dictador!*

Desde lo más apartado, desde las lejanías de la sierra, en los lugares solitarios de los pastores, en los molinos de los cerros, por la rampada de sus huertas hacia la ribera del arroyo grande... se oían las voces poderosas.

Ya tocan al alba... ya tañen al *Angelus*: ya dan á medio día; llaman á misa, repican á gloria, ¡angelitos al cielo!... ¡pobre Mariquilla, perdió su nene! ¡doblan á muerto!... ¡Dios le haya perdonado! Voltean á fiesta, mañana es la Virgen, y así años y años y más años, día por día, hora tras hora... era lenguaje entendido en toda la extensión del valle, y hasta la mayor altura de las cumbres.

*Quico* estaba á mal con esto, que era, según decía, una superstición, por supuesto, sin saber lo que quería decir. Bueno, pues el campanario era como otro árbol, había que echarlo abajo, quitándole la alegría de su remate, derribando el tronco de su torre y destruyendo las raíces de sus cimientos...; pero si esto... no era posible todavía... por lo menos había

que echar abajo las campanas ruidosas... bastaría luego que pusieran un esquilón en arquete sobre el tejado de la iglesia.

Nada le decían al idiota ni aquel templo, ni aquella torre, ni aquéllas campanas... ¡Nada!

Pues señor, sucedió que una tarde encontraron á *Quico* tumbado en el valle. ¡Ay! ¡Ay! Qué dolores, ¡ay! exclamaba lamentoso.

—Calle. ¿*Quico*? Valiente cernícalo... Se queja; ¿estará malo? ¿Le duele algo? —preguntóle Antón.

—Las tripas... Las tripas...

—Anda, hombre, no será nada; le habrá hecho daño alguna cosa.

—Yo qué me sé; pue que sí... que alguna cosa ma haiga daño. ¡Me tal, en tal y tal!

—Ande, burro, renegadote... ¿Entavía blasfema?—Y Antón, sin hacer caso de las animaladas del concejal reformador, échóle sobre el borrico á lo costal y se lo llevó al pueblo. ¡Qué cara tan amarilla! ¡Qué gesto tan agrio! ¡Qué quejidos tan agudos! ¡Qué flacidez! ¡Qué apocamiento! ¡Qué malo estaba *Quico*!

—*Quico*, señor *Quico*. ¿Qué es eso? ¡Por comilón! ¿Qué ha comido? —le decían.

—¡El cerujano! ¡Berr! ¡Uf! ¡Qué dolores! ¡El cerujano!

—Tío *Quico*, anímese... eso no será ná, ya verá en cuanto que rompa... dentro de cuatro días... tiramos...—Y el que así hablaba acercóse al oído del enfermo y díjole no se sabe qué secreto en voz baja.

*Quico*, ó no lo oyó, ó por no estar para tales cosas, tan sólo respondió con ayes y angustiosos resuellos y agónicos hipos.

¡Glotonazo! Iba á morirse y así empeoró... Se dijo que estaba rematado, que ya no se sabía qué era de él... hasta que al día siguiente...

¡Tan, tin! Tin, ton! ¡Ton!

—¿Por quién tocan?—preguntaban desde el atrio de la iglesia á los campaneros.

—Por tío *Quico*, *estiniante* alcalde, decían unas veces... Por tío *Quico*, otras con aguda voz los muchachos asomando la cabeza por debajo de las campanas. Las campanas, las campanas, todo aquel día resonaron doblando tristemente, con toque solemne, acompasado, conmoviendo los corazones que en sufragio de plegarias pedían gracia y misericordia para un hermano. Las campanas latían con la vida de las almas, y en tanto, Pedro, el carpintero del lugar, hacía del tronco de uno de los árboles derribados... el ataúd de *Quico*.

---





## BÚ... BÚ... BÚ...

### I

¡ Un sombrero de anchas alas que andaba solo! Véase qué extravagancia, pero así, así hay que decirlo.

Luisita, la chiquitina, de no más de año y medio, cogía con afanoso esfuerzo el enorme sombrero y se lo encasquetaba en la cabeza hasta los hombros, y luego, á ciegas marchando á pasito ligero, con los brazos y las manos extendidos como quien va á tientas, íbase hacia la gente de la casa haciendo bú, bú, como un palomo, bú, bú... el coco, para asustar á su padre, á su madre, á cuantos pasan.

Aquello era espantoso. El angelito creía que de ese modo llenaba de terror al mundo.

Con escrupuloso cuidado para que aquel ogrito feroz no tropezara y cayese al suelo... todos aquellos á quienes perseguía

fingían muy cómicamente un profundo miedo.

—¡Dios mío! ¡que vienen! ¡que vienen!

—Bú... bú... bú...

Era un encanto aquello. ¿Cómo era posible que durase mucho tiempo una escena tan espantable?... Al fin no faltaba quien venciendo el miedo, realizara la heroicidad de descubrir el engaño, y *zás*, de pronto quítase el sombrero á la pequeña... y el resultado mágico era la explosión de una alegría general, resonante, bulliciosa, expansiva, inefable.

Como dibujo del cubilete del prestimanco jugador aparece la flor ó la joya inesperada, aparecía entonces una cabecita de querubín jubiloso, y relumbraba en los ojos y en la risa de aquella monísima cara una luz como la del cielo por los esplendores del día.

—Luisilla, Coquillo-hermosa, ¿eres tú? ¡Qué miedo nos has dado, lucero de mi vida! ¡Si no era el coco, no era el coco!... ¡Era la niña!...

Y la niña daba suelta á carcajaditas regocijadoras, apresuradas como notas de un gorjeo. Música grata como otra no podría cautivar más el alma y complacer los corazones.

De este modo el jolgorio y la broma se repetían en el comedorcillo, en la galería, en el gabinete... y hasta en el sévoro cuarto de estudio de Miguel, del padre de la nena.

¡Bú, bú, bú!

Miren si no resultaba que aquella niña de rizos tan rubios y ensortijados, que eran embeleso de los que la veían, que aquella gordifloncita, cuyas piernecillas bien carnadas y coloraditas tentaban al apetito de mordisquillos y besos: que aquella pequeñuela de manos miniaturas, que hubieran formado admirable contraste ante las más grandes magnificencias de la creación, la niña boquita botón de rosa, ojos como estrellas, miren si no resultaba que había venido al mundo... para aterrorizarlo.

¡Ja, ja, ja! ¡Qué hechizo!

## II

Nosotros los que nada sabemos, hemos de contentarnos con repetir lo muy sabido, y á decir va esta pluma lo que muchas gentes de puro saberlo... ¡ah! ¡puede lo que tengan olvidado! Es ello que en el mundo no siempre se está alegre, y

además, que tras del gozo, viene el pesar... ¡Perdonen, perdonen los que mucho saben... y sobre todo los que saben cosas nuevas.

Viene el recordar lo dicho para manifestar... que una tarde Miguel y Filomena se hallaban compartiendo amarguras y pesares... en el severo cuarto de estudio...

Allí los pesados librotos, los enrevesados mapas, los papelotes de cuentas... formaban un abrumador conjunto...

La luz... de suyo tan traviesa é indiscreta como hermosa, penetraba atenuada, pues contenían su paso los finísimos visillos y los bordados cortinones del balcón.

Negocios, disgustos, un complicado y tormentoso cúmulo de contrariedades y contratiempos, eran como nubarrones que de aquí y de allá habían llegado á reunirse y formaban una amenazadora tempestad.

Todo era sombrío. Se había destemplado el ambiente del hogar; se había alterado un poco el orden de vida en la casa; pasaba allí algo... grave, sin duda alguna.

Filomena, sentada en una butaca frente á Miguel, mirábale dulce, compasivamente, como demandando que él la diese parte de su secreto pesar, para sobrellevarlo también.

¡Maestras de paciencia, las mujeres ofrécensenos como lecciones vivas en los más penosos trances de la vida!

—¿Lo quieres saber todo?— dijo Miguel.

—Sí, todo, todo... ¡Quiero que todo me lo digas!

—¿Y para qué, para qué? Para sufrir...

—Para sufrir... justo; para sufrir cuando tú sufras... Además, que mi padecimiento es mayor si te veo triste y apenado y no me explicas...

—Pues... te lo diré.

Lo dijo, y aquello que Miguel dijo fué enorme. Tal parecía, por lo menos, según el afligido lo manifestaba. Entrábase en miserables menudencias de la vida.

La intriguilla de los codiciosos, la descarada crueldad de los mal educados, la calumnia, industria de los folicularios, todo esto produciendo el descrédito.

—¡Pero aun no nos han arruinado!— dijo Filomena.

—No... en lo que se refiere al posible cumplimiento de lo que debo... pero después...

—¿Después?

—Sí, después... Ya no me cabe duda, vendrá la pobreza.

—¡La sufriremos... Dios así lo dispone!

—Pero una pobreza horrible... la del día, la que muere de continuo... la que pide valor para reir ante los hombres... valor para humillarse...

—Lo horrible sería envilecerse.

—Sea; pero ten presente, hija mía, que sin dinero no hay honor...

—No, no te acobardes... trabajarás... lucharás como hasta aquí... ¡Yo, yo sólo sé la grandeza de alma de mi combatiente!

—No puedo más, no puedo más. El negociante fulero, el canallesco de M. Rigró..., aquel... aquel...

—Déjalos... ¿Qué son?

—No, no, en un mundo en el cual viven esas gentes... no se puede, no se debe vivir... Me acobardo... más por repugnancia que por miedo...

Entonces llegó Miguel á ese grado de pena en el cual el hombre se siente abrumado: aun las cosas más insignificantes le parecen verdaderos horrores... y los hombres más despreciables... los cree dignos de odio... la sangre quema, los ojos se empañan de una agüilla que no forma lágrimas, pero que abrasa... la saliva amarga en la boca... el mundo se ennegrece... diríase que al elevar al cielo la mirada... ciego el hombre... nada ve.

Con los puños crispados, ceñudo el entrecejo, contraídos los labios, tétrico, remordido, irritado... hallábase Miguel con el corazón... en martirio, y la mente en confusión...

Filomena había inclinado la cabeza y lloraba.

Atrevióse á decir después algunos consejos... los fué poco á poco manifestando. Eran dulcísimas palabras impregnadas de aroma, llenas de frescura; pero caían en Miguel como las primeras gotas de lluvia en un seco erial.

Miguel, ó callaba... ó desatábase á hablar con acento trágico y exagerados ademanes. Su voz se oía alterada y bronca, y luego un silencio, durante el cual... marcábase perfectamente los vaivenes, el tic-tac de la péndola del reloj...

De pronto el enojo aparente y momentáneamente flameó... como fuego de un volcán... y de nuevo Miguel hubo de expresar su indignación, su desesperación, su protesta contra los hombres... y tal vez contra el cielo.

Entonces, entonces oyóse... el bú-bú-bú...

La niña, no se sabe cómo ni por dónde, había llegado á la puerta del despacho...

y con el sombrero puesto... entró muy resuelta haciendo... la espantable...

—Bú-bú... bú-bú...

Extendiendo los brazos y deteniéndose, como si esperase oír las exclamaciones de miedo de su padre y de su madre.

Estos se miraron; aquello les sorprendió, hiriéndoles en el corazón. Sin embargo, se contuvieron: era necesario no asustar á la niña... Pero de pronto Miguel hizo un brusco, un extraño movimiento... como quien con heroísmo se arroja á un combate... y exclamó cogiendo en sus brazos á la pequeña, á la cual se le cayó al suelo el sombrero:

—¡Hija mía de mi alma!... Es verdad... soy un cobarde... ¡Pero no, no lo seré!...

Y con lágrimas en los ojos, él y Filomena, se echaron á reír... Y el rayito de sol aclaró el cielo... y disipó los nubarrones.

¡Y la nena que se había propuesto asustarlos!... Bú-bú... bú... bú... ¡El coco!

¡Dios mío; qué chiquillos más adorables! ¿Combatiría Miguel? ¿Viviría Miguel? ¿Podrías dudarlo?





# LA ALMA DE LA LEY

(CUADRO HISTÓRICO ORIGINAL)

Al señor mi amigo don Manuel Foronda y Aguilera, cronista de Avila.

A los postreros días del mes de Noviembre, año del nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo de mil cuatrocientos y setenta y cuatro, á pasos no muchos de la puerta de San Pedro, en la ciudad de Avila, y en una taberna que en aquel lugar había, disputaban neciamente algunos mancebos soldados al servicio de la señoría de la Princesa Isabel y era á la hora en que iba apagándose del cielo la lumbre del sol.

—Dígoos, maese Nelo, que á mí vinieron los dados... y por ver en qué principiaba á serme buena la fortuna... ¿Quiérenme burlar? ¿Qué es si no muy negra felonía que se me niegue lo que por suer-

te me cayó en la mano? ¿Hice engaño? ¿Son falsos los dados? ¿Tíeneseme por fullero ni en nuestra ciudad, ni en la villa de Valladolid? Pues vos juro que si no se me da lo que es mío... espada tengo y por fe de quien soy, soldado de la ciudad, y de lo que fuí, criado de don Alvaro Estuñiga, tesorero de la señoría del señor Rey don Enrique y de su Consejo...

—Alto; ¿qué es hablar de espadas? Nunca fué la mía casa... para pendencias, sino para esparcimiento, que no hay tablero de mejor gobierno en toda Castilla como este de vuestas mercedes por ser mío... hombre soy ya de juicio sazonado harto y daré sentencia—gritó un hombre viejo ya, membrudo y fortachón que se puso entre los disputadores.

—Razón—dice maese Antero.—Ganancia hubo y no por maña, sino por ley de buena tablajería... pero no he dársela al ganancioso, que *sotrodía* le hice emprestado y no me restituyó, y así de la ganancia de agora recobro lo emprestado, más cobro la paga... de premio.

—¡Ah, maldición! ¡Es usura!—exclamó el primero de los soldados, y dando un empellón á maese Nelo, el tablajero, apartóle de sí, y sacando la espada acometió al adversario.

—¡Guarda, guarda! Apacígüense—gritaba Nelo medrosamente, no porque tales lances le causaran temor... sino porque temía que por alguna causa, muerte ó *ferimiento* que allí hubiese hiciera al *Consejo* de la ciudad que bien cobraba el arriendo por apretarle, en más pusiese en prisión no tan sólo al matador ó dañador que matase ó hiriese sino al dueño de la casa y tabla.

Tarde era para contener á los violentos esgrimidores... que con la mucha cólera se les abrasaba el corazón y de encendida ira les relumbraban los ojos; habíanse arrojado y meneaban con igual y competente brío los sendos aceros, por manera que si la destreza que los reñidores pusieron en defenderse no hubiera ido evitando el daño y la presteza que en acudir á separarlos puso Geme-Nuño, oficial de la ciudad, no hubiese conseguido el término pronto de la pelea, ésta hubiera rematado en ser muy sangrienta.

Contuvo con imperioso grito, y metiéndose luego con todo el cuerpo entre los dos soldados, Geme-Nuño y ellos pararon de un modo brusco y como muy forzosamente á hacerlo, sin apartar ojo de mirarse con saña, como gallos á pico y cresta, y las caras teníanlas ceñudas del encono que

les hacía hervir la sangre en las venas, y ambos oprimían el resuello que en resoplidos se les escapaba de sus bocas y eran los alientos de su mal refrenado coraje.

Geme-Nuño, que, por ser ya viejo y haber sido un muy grande soldado, tenía autoridad, bien les dijo que no era para hombres de guerra, sino para rufianes, el reñir por naipes y por dados, y así vileza de judíos disputar en cuenta de dineros, impropia porfía en que no habían de entrar los cristianos, y luego Geme-Nuño vió que los reñidores poco á poco fueron desarrugando el gesto de sus fieras caras y que los ojos se serenaban y que pronto, con noble arranque, se dieron las manos amistosamente.

—No es culpa vuestra... sino de esta ralea de tahures y tablajeros que desde que éstos están no hay daño que no sobrevenga á los vecinos de Castilla. Ahorcaránlos á todos y no tuviéramos enojos ni habría discordia, ni pelearían por cosa tan despreciable los hombres buenos.

Viviera el rey don Juan y hubiérades ya perdido maravedises á miles por peso y pena de tal culpa, ó estuviérades á cueros vivos en la picota de sol á sol.

Echóse á reir de tales castigos Nelo porque muchas veces había burlado de

tales leyes y con encubierto modo mantenido su mal oficio.

Además que él replicó á Geme-Nuño era lícito tener tablajería, pues por ello daba él su tanto y cuanto por arrendado, y añadió por se librar de censuras que si los jugadores habían enojos, no pacientes al perder ó muy avaros de ganancias, allá ellos con su bôlsa y sus ánimos se las hubieran; mas como entrara á la sazón en la taberna gente moza y distraída y algunos atrevidos se propusieran echar de allí al oficial y á los soldados por mucho tumulto y ruido y aun pasaran á intentarlo sino hubiera sido porque oyeron en esto voz de pregón, del vocero que por allí iba pregonando y todos quedaron mudos y escucharon.

Ley era la que decía el vocero, ley contra tablajería y tablajeros y dados y todo en ella se prohibía y penaba... mas ninguna prohibición y pena atemorizaba á Nelo ni á los tahures. Aunque ley era dada por la señoría de la Princesa.

Pero oyó Nelo palabras que le hicieron palidecer y suspendieron su ánimo (1).

«Que no solamente es avido por malo de

---

(1) Carta descubierta en el archivo municipal de Avila por el docto historiador de la ciudad, su cronista, ilustrísimo señor Don Manuel de Foronda y Aguilera.

«sí mismo el juego, decía el pregón, mas es pecado agravado por el conjunto de vicios é pecados que en el juntamente se ejercitan é por los malos é torpedades que del se siguen los cuales entre otros son estos primeros, menosprecio de la iglesia la cual alumbrada por el Espíritu Santo, aviendo acatamiento á las adivinanzas é agujeros que en el juego se miran, é como solamente los tahures quitada la esperanza de Dios cometen á ellos mismos é á lo suyo á la fortuna ó dicha é asi ofendea á Dios Nuestro Señor pasando contra el primero mandamiento...»

Nelo tembló, y más cuando luego fué oyendo que daban en paganidad los jugadores, que en el juego se comete escándalo, se falta al séptimo Mandamiento, se blasfema... se pierden las almas.

Todo lo que en el pregón se decía primero como enseñanza, como doctrina, razón... ¡alma de la ley! convencía, conmovía antes de dictar disposición ó amenazar con pena.

—No más tablajería — exclamó, — que cristiano soy y cristianos somos; no más tabla, y no por miedo á las penas de aquí, sino por las eternas...

Todos los que allí estaban tenían abatidas las frentes y conmovidos los cora-

zones, y así después de un breve paso en que el pregonero que había parado para tomar resuello... volvióse á oír la voz que decía para terminar:

—Dada en la muy noble ciudad de Segovia á veinte é nueve días del mes de Noviembre, año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos é setenta y cuatro años.

Yo la Princesa...

—Viva Su Señoría... — gritó Geme-Nuño.

—Viva la Princesa Isabel...—gritó á su vez Nelo.

—Viva... viva... viva — respondieron todos.

Así fué acogida la ley dada por doña Isabel, la que después fué Isabel la Católica, gloria de España.

---





## PEPÓN Y PEPÍN

(CUENTO ORIGINAL)

—Este tunante va para arriba, yo para abajo. El tiene cada vez más despiertos los sentidos, aunque no todavía esclarecida la razón; yo ésta ya la poseo libre de las imaginaciones engañosas, y robustecida por la experiencia, y, en cambio, cada vez más entorpecidos la vista, el oído, el gusto y el tacto. Los dos andamos despacio, los dos hablamos tartamudeando: él porque empieza, y yo porque voy á concluir de andar; él porque no sabe aún decir las palabras, y yo porque las voy olvidando. El se levanta de la cuna y yo voy á caer en la tumba; para ello estoy cristianamente preparado. Yo soy D. Pepón y él D. Pepín. ¿Verdad, muñeco?

El nene miraba boquiabierto á su abuelo. Demasiado sabía la criatura que hablaban de su personilla, aunque no le era

dado comprender lo que el viejo decía.

—¿Verdad que tú eres D. Pepín?... Miren qué hociquillo me saca el mimorón... Vaya, súbase usted en el caballo. ¡Ajajá! ¡Ahupa! Así... ¡Tará, trá, tra trí... Tarará ri!... ¡Trá, trá! ¡Marchen al trote!

La endeble pierna derecha, convertida en caballo, saltaba con vivo meneo, remedando el trote, y Pepín se agitaba gozoso, reía excitado por alegre impulso de su corazoncillo.

—¡Más, más! ¡Más de pisa, más!—decía el muy desvergonzado.

—No puedo más, me canso...—murmuraba entre afanosos resuellos el abuelo.

—¡Más!

—No, ahora; ahora á descansar un poquitito. Ya ves, el caballo suda mucho... está rendido... ¿Verdad, Pepín?

—¡No, no quiero!—replicó el nene con mimoso enojo, y fué rápidamente subiendo la escala: del enfado á la irritación, á la cólera, á la desesperada furia.

—Véase — pensaba angustiosamente el viejo,—véase el enemigo que se revuelve ya en ese inocentísimo corazoncito. No sabe el pobre nene refrenar su ira, menos aun contenerla y menos aun evitarla con la paciencia... ¡Pronto, pronto, pronto ha de ser lo que desea! Tal será la locura de su vida... ¡Pronto, pronto!...

El pícaro del nene había ido resbalándose por la pierna del abuelito hasta quedarse en el suelo, lloriqueando, revolviéndose con rebeldía y gritando con violenta y exigente voluntad.

—¡Dios mío! Si no tengo ya fuerzas; Pepín... espérate... Ven á jugar conmigo aquí, los dos muy quietecitos... Verás, verás, te contaré un cuento...

No hubo modo de aplacar al pequeñuelo; fué necesario apelar á la acción rápidamente ejecutiva de una moza de membrudos brazos, fuerza y voz hombrunas, que se llevó de allí, rabioso y pataleando, á aquella fierecilla...

El viejo no acertaba poco después á darse cuenta del por qué menguaba la claridad de la luz; tenía una insensibilidad palpebral y no sentía el suave roce de los párpados con sus ojos... Se le cerraban éstos sin darse de ello cuenta...

Poco á poco los objetos fueron desvaneciéndose como si fueran visiones del sueño, y las fantasmagorías del mismo tomaban un firme delineado y relieve de bultos, de cosas no imaginadas, sino reales, visibles y tangibles...

Empezó á hacer salutations involuntarias con la cabeza; abría los ojos sobresaltadamente, y luego volvían á cerrársele

y volvía á cabecear... La color del rostro iba encendiéndosele por momentos, los brazos fueron desmayándose y cayéronsele á uno y otro lado pesadamente. Las manos se veían agitadas en ciertos momentos por ligero y continuado temblor.

El se vió de pronto ante un lejano foco de luz intensa, tan suave que no dañaba á los ojos... En aquel luminosísimo espacio vagaban figuras en las cuales reconocía ideas beatíficas... Veía y no veía, era un doble é indeterminado juego de la potencialidad visual y de la potencialidad del entendimiento... algo extraño como el aparecer su alma en un mundo desconocido... De pronto, abajo, muy abajo, en el corazón, sintió que rebosaba algo como un mar de lágrimas, y los labios del anciano se movieron, y un sordo murmullo se produjo en ellos... quejido, lenguaje confuso... rumor de una profunda plegaria sin palabras... que terminó en un hondo suspiro como el anheloso afán de un definitivo descanso...

En tanto, gateando astuta y quedamente, volvió á colarse en el cuarto Pepín... Guardábase de hacer ruido para que no le descubrieran y le hiciesen salir de allí... Acercóse al abuelo, le tocó, le empujó con sus puñitos, le zarandeó... llegó á impacientarse y á decir:

—A jugar... arre, caballo... caballo...  
cabalo... cabalo...

Y el abuelo no respondía.

—Cabalo—gritó con más fuerza;—cabalo—añadió, tornando á la cólera...

El *animal* había muerto. En tanto un alma transformada en ángel miraba en el niño el alma de un ángel obligada á vestir, quién sabe por cuánto tiempo, la cautividad, la envoltura humana, y elevaba á Dios una súplica de misericordia.

—¡Cabalooo!... ¡Cabalooo!...

El abuelo no respondió...

---



# FAROLÍN REY

## I

Tiempo hace, andaba rodando, pesado y bamboleante, con crugiente y rechinator traqueteo de hierros mohosos y viejos tablones, por esas largas, casi siempre solitarias carreteras y á cortas jornadas haciendo escala en los pueblos donde había fiesta ó romería, un enorme carro-barracón de titirimundi; casa de fieras, titiriteros y saltimbanquis, recuerdo del arca de Noé y aun de la torre de Babel, pues los seis ó siete «artistas» que allí servían, eran de diversas tierras y lenguas y armaban jerigonza, chapurreo, algarabía, que unidos al ahullar y rugir de las feroces bestias hacían en alboroto y confusión competencia al mismo infierno.

A este tal infierno vinieron á caer, no por sus pecados sino por sus desventuras, Isidrito y su madre Magdalena, cuando

en tiempo de la feria, llegó á la villa castellana en que ellos vivían, el estruendoso barracón.

Magdalena, viuda y pobre y no hallando medio alguno de remediarse, supo que en tal barracón se necesitaba una persona honrada y á la vez diestra en cuentas, que se encargase del despacho de billetes en tanto que el barracón permaneciera fondeado en el lugar... y la buena mujer solicitó el empleo.

He aquí porque el fino y agraciado Isidrito se vió metido entre un atleta de estallantes músculos, un descoyuntado que se hacía virutas, un tragaestopas encendidas, un payaso que hacía burradas, una jovencilla funambulesca... un domador y director, dueño principal, empresario Monsiú «Bombeille» ó «Bombelé», como las gentes le llamaban, y de una madama, mujer de éste, hábil prestimánica y portentosa «prestidigitadora». El niño se sintió receloso y curioso y así aturdido y sorprendido en medio de tan extravagantes personajes.

Monsiú y Madama, sonreían y le miraban con dulzonería gatuna... parecía como si desearan inspirarle confianza para echarle de pronto, cuando estuviera descuidado una zarpada segura.



«Monsiú» era carnoso, coloradote, mo-fletudo, tripudo y narigudo, quería la malicia aplicarle otro adjetivo á estos consonantes, mas quédese esto para la conciencia de la frescota y guapota de su mujer que lo sabría y para la indiferencia más ó menos filosófica del cornucópico ó no cornucópico personaje, lo único que ha de decirse es que como siempre que «Monsiú» y «Madama», hasta hacía poco encargada del despacho de billetes... se enredaban en peloterías y feroces reyer-tas... ambos acordaron en encomendar tal servicio... á Magdalena. Esta sintió, primero vergüenza de que los del pueblo, sus paisanos, sus vecinos, sus conocidos los viesén á ella y á su hijo entre los titirite-ros... Mas poco á poco se serenó... y sin duda por gratitud miró con simpatía á los amos... bien que no pudiera vencer un vago, un inexplicable temor... por Isi-drito.

Este fué pronto el niño mimado de todos. Habiéndole visto un día «Madame» con un farolito en la mano, comprado en un puesto de la feria, y habiéndole pre-guntado qué era aquéllo, como el niño contestase que era un farolín... antojósele á la francesa reirse y celebrar aquello como gracia; tal vez su malicia habría

en ello... porque desde entonces y ya para siempre «Farolín» llamóle todo el mundo...

¡Ah que la feria iba á terminar, que la barraca llevaría ancla... y Magdalena perdería su empleo!...—Véngase—solía decirle «Monsiú».—Véngase—añadía «Madame...—¡Dios mío! ¿Cómo decidirse á emprender aquella vida errante?

—Son buenos, madre... les seguiremos y cuando se nos ofrezca, por esos mundos, un acomodo... les dejamos...—decía Isidrito,—y que Dios nos bendiga y les bendiga.

—¡Tú, hijo de mi alma—pensaba la madre,—tú entre estos estafalarios... tú en quien he cuidado de imprimir sentimiento de dignidad... sueños de nobles empleos!...

¡Ah! ¿por qué no seguir allí?... ¡No tenía libros el niño para seguir instruyéndose... y rica inaginación que le hacía subir con el alma á las alturas luminosas!

Vivo como un rayo... listo como la pólvora, ágil como una ardilla... inocente como una paloma... bueno como un cordero... Isidrito se hizo necesario, y tal vez alguien le amara... pero no quería estar allí ocioso y como la convivencia y la necesidad... fueron venciendo temores... ¡Farolín se hizo artista!

Aun no era un mozalvete cuando ya se había hecho popular su persona... y popularísimo su nombre... ¡Farolín, Farolín, famoso en todas partes!

Aquello había ocurrido fácil, insensiblemente, vencidos los primeros temores que Magdalena había sufrido al verle, por juego, aprender algunos nada peligrosos ejercicios, llegó á sentir complacencia y hasta orgullo al admirar su robustez, el donaire gentil, la gallardía que su hijo había adquirido... ¡la hermosura y la fuerza!

¡No haya miedo! ¡No haya miedo, decían todos... y por otra parte todos, y sobre todo el público después, le aplaudían! ¡Farolín la alegría de la pandilla, la gloria de la barraca... la fortuna de la empresa!

Era de una pasmosa agilidad, de una firmeza muscular incontrastable en el aprendizaje y enseñanza de la gimnástica, que regula á proporcionada duración el movimiento y el reposo, los esfuerzos y descansos sucesivos, había llegado á unir él... inspiración, elegancia, gracia... ¡arte! Volteaba en la barra con soltura... saltaba en la pista con brío; era un griego, era un Dios... jamás aparecía en postura, ni realizaba ejercicio que pudiera hacerle aparecer grotesco...

Nada había que temer... Sin embargo, un día llegó á revelar un ardimiento, una audacia, una temeridad que produjo alarma... medrona en la bolsa de «Monsiú», que temía perder la gallina de los huevos de oro, terror en el corazón de Magdalena que temía perder al hijo de sus entrañas. ¡Negra esclavitud... por el pan... mas á tal precio... por tal riesgo... prefería mil veces Magdalena ir mendigando de puerta en puerta!...

El mozo no hacía caso de las advertencias, serviles y temerosas de «Monsiú» y de «Madama», los cuales como el chico les daba ganancias... se decían del mal el menos, mientras dura... vida y dulzura... Sin embargo, los pobres artistas compañeros que en la quiebra de la empresa veían... para ellos la miseria... se atrevían á dar á Farolín algunos consejos... ¡Sí! pues bueno era él para oír consejos.

Magdalena... unas veces con dulzura, otras con vivacidad, muchas con indiferencia, era desoída por su hijo.

¿A qué se debía el excesivo entusiasmo aquél, la loca valentía que desde algún tiempo venía demostrando Farolín en sus ejercicios?

Tan sólo Rosina, la joven funámbula, que, enamorada de Farolín, del altivo y

desdeñoso gimnasta, había podido, ya que no su amor, ganar su amistad y confianza, lo sabía. Farolín tenía la loca ambición de descollar, de sobresalir por cima de todos... de llegar á ser celeberrimo, trabajar en los grandes circos... y hacerse rico para su madre.

Esto iba pronto á conseguirse. Un día acercóse Farolín á Rosina; el joven estaba triste.

—¿Qué te pasa?—le preguntó la joven-cilla. —¿No va á verificarse esta tarde la función extraordinaria que tú deseabas?... Mucho temo que hagas locuras.

—¡Oh! no tengas miedo... haré proezas... ¿has visto los cartelones que se pusieron ayer por todas las esquinas?... Ayer los vi... y me llené de alegría. Allí me llama el director... «El artista sin rival... Farolín», con letras gordas. El rey de los gimnastas.

—Y ¿por eso estás triste?... rey, rey, nada menos, ¿te parece poco?—dijo la muchacha.

—Estoy triste porque he soñado... y al despertar... es cuando amargan los sueños dulces... Si vieras qué sueño... ¡El rey... Farolín! Era yo rey... Vestía, no ese traje con lentejuelas... sino uno con bandas y placas... No miraba al pueblo, como le

miro yo desde la barra ó desde el trapeo... como á una despreciable turba de la cual he de sacar las miserables monedas y que me embriaga y enardece con sus ahullidos... sino como á gentes que me habían confiado su reposo, sus leyes... su honor y á los que había de considerar como á hijos... Mi madre, la reina, me miraba embelesada y sin duda — celoso cuidado de las madres por temor á que conservase afición á lo que soy — permitiéndose decirme: «Anda con gravedad y majestad... por Dios, que no conozcan que has sido acróbata, saltarín y titiritero...» Yo miré con ufanía á mi madre, mostrándola en mis ojos cómo mi alma sentíase engrandecida; apreté con fuerza el cetro en mi mano, en mis sienes sentía el aro de la corona que gravitaba en mi cabeza y en la frente un rayo del cielo que la hacía resplandecer... un rayo que dimanaba sin duda del trono de Dios.

Llevaba una escolta de soldados dispuestos siempre á defenderme y yo, como sabes no he conocido el miedo, no me oponía á que me guardasen, porque era un deber de todos y aun muy serio deber mío que me guardasen y que me dejara guardar... porque yo guardaba y en mí guardaban la paz, el trabajo, la confian-

za, la fe, la justicia y la honra de mi pueblo... ¿Miedo yo? Sonaron en esto clarines de guerra, nos acometieron enemigos de la patria... púseme al frente de mi ejército... entonces, entonces sí que sentía valor en el corazón, un valor útil... un valor... grande... porque era digno de un gran corazón el servicio de un gran pueblo y para lograr en la historia un esplendor gloriosísimo.

Farolín estaba exaltado, sus ojos brillaban como estrellas... De pronto resonó chirriante, ahullador, estridente, el estruendoso organillo de la barraca... Ya estaba llena de pueblo... ya iba á empezar la función...

—¡Farolín! ¡Farolín! — gritaba la gente.

—Farolín—dijo afanoso «Monsiú»...— ¡fuera!...

## II

¡Fuera! Ya se vió allí en medio de la pista... Melancólico, abatido... al verse hecho un esclavo de la muchedumbre... Un titiritero... Entonces pensó en la madre y haciendo coraje se lanzó de rabia á la barra volteando en ella vertiginosamente...

—¡Se va á matar, se va á matar!—decían las gentes... pero no, salió airoosamente de todo y el público aplaudió con locura...

Luego desde un altísimo trapecio, sentado y dominándolo todo, balanceóse dulcemente y descansó... la plebe rugía pidiendo el paso mortal de los tres trapecios...

—¡Miserables!... — se decía Farolín... —¿Así miráis á vuestro Farolín rey... rey de befa... rey saltarín?...—Pero hubo un momento en que se desvaneció sin acertar á comprender si estaba dormido ó despierto, si era rey ó titiritero... Propia debilidad mental de los que á corporales ejercicios dedicados, no son fuertes en la labor de la inteligencia... ¡vértigo fué... encanto y desengaño momentáneo!...hizo un movimiento, desvió la mano... y vióse que todo el cuerpo se venía, los brazos extendidos... la cabeza caída... al suelo, contra el cual rebotó, volviendo á caer horrible y pesadamente.

De todos los pechos partieron á la vez alaridos de espanto que produjeron un solo, un formidable, un trágico y terrible grito.

Magdalena ahulló como una fiera y lanzóse á abrazarse al destrozado, al ensan-



grentado cuerpo de su hijo... la muchedumbre, la misma que había azuzado al artista, la muchedumbre inconsciente y como siempre disparatada... se revolvió queriendo matar á «Bombelé»... y destruir el barracón.

Rosina llorando desesperadamente... llorando decía:—; Farolín, mi pobre Farolín!... él era grande, él era grande... él no podía ser titiritero; había soñado que era rey... sí, era más que hombre... había nacido rey... y pensando en su sueño... se ha matado...

—¿Un titiritero rey? Sería bueno que hubiese un rey-titiritero... si este llega á tener una corona en la «cabezota» suya... revienta á su nación como este nos ha reventado...—decía furioso el irlandés, el atleta del barracón... ya en ruina por muerte del pobre Farolín rey.

---



## LA EMBRIAGUEZ

### DE UN ESQUELETO

Se veían flores por todas partes en la grama, y en los árboles piaban los pájaros y revoloteaban por los aires las mariposas, unos y otras enamorados. La vida, esa poderosa combustión, se realizaba activamente; pienso que en día semejante á aquél de que hablo, esto es, en un día de primavera, habrá de realizarse la resurrección de la carne. No abrasaban los rayos del sol, gracias á un airecillo fresco que descendía de las nevadas cimas de Siete Picos. Viento cuyo soplo es el alma de los sorbetes. Al estudiante Juan había llegado á hacérsele sensible á la vista el rodar de la tierra alrededor de su eje; tanto era así, que el pobre muchacho no podía caminar derechamente ni evitar que la bota de vino bailase en sus manos como un incensario.

—¿Quién puede dudar que el mundo da vueltas? ¿No lo veo? ¡Cielos, qué ideal! ¡Magnífico descubrimiento! ¿Si seré yo el eje de la tierra? Y yo que hasta ahora no lo había llegado á sospechar, pero sí, lo soy, no cabe duda. Todo da vueltas alrededor de mí... ¡Mundo, más calma! que me vas á tirar la bota y con el vino podemos manchar la luna y la pondremos como nueva. ¡Despacio, despacio! ¡Cataplúm! El eje poderoso perdió su alto nivel, y el orbe trasteado se ha hecho trizas... polvo; después de todo, ¡no era más que una enorme píldora de carbonato de cal!

Esta última parte de su discurso decía la el estudiante en el fondo de un pozo ó boquete abierto en la tierra, el cual enrojecía de indignación y sudaba de vergüenza ante tan sacrílego ultraje.

De pronto se removieron todos los huesos del montón. Juan quedóse helado de espanto, sintiendo correr por todo su cuerpo el calofrío del horror, y en la cabeza esa sensación extraña por la cual parece que finas agujas pinchan el cuero cabelludo en la misma raíz de los cabellos, y secándose los racimos de vejiguillas sebáceas y las pigmentosas, pierde el pelo su color, y horripilado encanece en un instante.

Juan vió ante sus ojos levantarse un esqueleto.

—Buenos días, compadre... Por lo visto no eres un antropólogo, sino un borrachín como yo lo fuí en vida, y saturado estoy de vino, de modo que ha bastado el trago que acabas de darme; ya lo ves, ha hecho su efecto, estoy alegre.

El esqueleto, zarandeándose á uno y otro lado, irguió su espina dorsal, y bailando sacudió de sus huesos el polvo de los siglos.

—Soy el esqueleto más viejo del montón; mi sueño ha venido siendo muy largo; en mi tiempo todos los hombres estábamos en los huesos, pero hubo un loco que inventó la moda del revestimiento del esqueleto; la carnación que ha expuesto á los humanos á tantos peligros.

Antes no teníamos ni músculos, ni carne, ni nervios, ni vientre, ni pellejo, ni pelos: los tigres y los lobos nos despreciaban por no darse el trabajo de roernos y por no atragantarse. En nuestra lucha procurábamos rompernos los huesos, ó no dejar un hueso sano, y en nuestros amores decíamos cantando: «Niña adorada, yo no te puedo dar más que la mitad de mi vida y de mis huesos el calor.» No necesitábamos contra los elementos más

defensa que los paraguas, porque nos molestaba ver caer gota á gota el agua de costilla en costilla y correr hasta el extremo de la tibia.

Por supuesto que el amor era una pura amistad. El gran alfarero del Universo seguía haciendo hombres de barro, que luego endurecía el sol. Pero empezó uno á pintarse, otro á pegotarse masas de tierra ó revestirse de yedra y de hojas los huesos, hasta que cansado Dios de nuestras manías: «Se creen imperfectos, pues que se hagan solos»... ¡Y *crescite et multiplicamini!* Celulilla por celulilla, se formaron tejidos, y hubo quien hizo todo el enredijo de nervios y la mecánica de los músculos, del biceps, triceps, biceps femoral, gran pectoral, etc., etc... y al fin la piel y la ridícula moda de los cabellos... No paró en esto el capricho, sino que sigue y seguirá: plumas, telas, corazas, miriñaques, gabanes, polisones... todo lo que puede romperse, podrirse y deshacerse y abreviar la vida, porque con tanto peso á costas no hay esqueleto que no se sienta rendido... El hombre antes era feliz, no tenía corazón, hasta que la moda hizo que fuera gracioso llevar un pájaro en la jaula del torax. ¡Pájaro prisionero que salta constantemente deseándolo todo!

¡Ah, pero no estaba el esqueleto para filosofías!... Avanzó á coger á Juan, sin duda para desnudarle de la vestidura carnal y dejarle en los huesos.

¡Zas! ¡zas! ¡zas! aleteaba fieramente el pájaro encerrado en el pecho del estudiante, el pájaro ávido de espacio, de luz y de vida, y Juan pudo, afanoso y audaz, salir de la caverna... ver de nuevo el sol, sentir el calor en la carne, recobrar la razón y exclamar:

—Vivamos, sigamos la comedia hasta que uno deba meterse en el sepulcro, como entre bastidores, y se despoje del disfraz de la carne.

Y el tiempo, que así marcha para los buenos como para los malos, para los necios como para los doctos, para los sobrios como para los borrachos, seguía su marcha en el reloj de la catedral; repasó su cuenta de las horas del día, sonaron las doce. Juan, libre de la borrachez, se creyó un resucitado; el desengaño de toda locura es una verdadera resurrección.

---





# LOS COMERCIANTES

(CUENTO INSPIRADO EN UNA ANÉCDOTA  
FRANCESA)

## I

Marcial se había decidido al fin: iba á establecerse. Un hombre que carece de dinero está más obligado que otro cualquiera á trabajar... y así en cuanto logra algún dinerillo... ¡qué dicha!... el trabajo le resultará más fácil y hasta le podrá ser agradable... pero no por eso deberá dejar de trabajar.

Juan Peillon opinaba como su amigote Marcial.

—¿Cuánto dinero tienes tú, amigo Peillon?

—Algunos, pocos, francos ahorrados... puede que tenga hasta treinta, amigo mío.

—Magnífica suma, que, unida á la que yo tengo, otros veinticinco ó treinta, nos

puede abrir las puertas de la fortuna. ¿Quién sabe? Pronto nuestros palacios respectivos se alzarán uno frente á otro; y en nuestros respectivos carruajes salvaremos la distancia cómodamente siempre que se nos antojase visitarnos... Nuestras señoras serán amigas, y hasta podemos pensar en reunir nuestras riquezas para lo porvenir, casando á mi hijo — porque he de tener un hijo — con tu hija; porque tú habrás de tener una hija...

—Bien, así será: pero pensemos en el presente. ¿Qué hay que hacer?

—Dedicarnos al comercio.

—¿No te parece arriesgado?... ¿Y si perdemos en la tentativa nuestro capital?

—¿Perderlo? Peillon, mi buen Peillon... de ningún modo. Mi plan, como verás, es magnífico. Seremos morigerados, es decir, activos y económicos... Te propongo que compremos un barril de exquisito aguardiente español y vayamos á venderlo á la feria de la *Tete de Bouche*... Total, cuarenta francos... hace el barril...

Marcial traza con lápiz números y más números en un papel... mira á lo alto, calcula, moviendo á la vez los labios como si rezara...

—Tantos litros, cobrando cada decilitro á 10 céntimos... resulta... ¡justo el 100

por 100! Esto, esto es, duplicado el capital.

—Pues, andando. Eres un hombre prodigioso, Marcial.

—Hemos de caminar nosotros á pie y alquilaremos un borriquillo para llevar el barril.

—Convenido.

—Adiós, mi buen Peillon, hasta mañana.

—Adiós, mi querido Marcial, hasta mañana.

## II

Ya están en marcha los negociantes. Sobre el lomo de un vivaracho borriquillo va atravesado bien sujeto con recias cuerdas el barril de rico aguardiente.

Da este barrilete un aromoso olorcillo, que olfatean con verdadera delicia los socios que caminan detrás á uno y otro lado del asnuelo, siguiendo con firme paso la marcha desde Burdeos á la Tête de Bouche... donde ya se iba á inaugurar la feria del año.

Las arboledas frondosas, los hermosos viñedos, la fertilísima ribera del río, todo el verdor y lozanía del paisaje, resaltaba

á la luz del sol, que aun era muy ardiente, como suele serlo en los días primeros del otoño.

Quemaba, pues, el sol y los comerciantes iban un poco sudorosos por la celeridad de la marcha y alentando fuerte, lo cual, así como el polvo de la carretera, les secaba las fauces. Así el olorcillo del barrilete hacíase cada vez más tentador.

—¡Qué calor!—dijo Marcial;—de buena gana...

—No, eso no...—replicó Peillon adivinando el pensamiento de su camarada.

—Hombre... tan sólo por refrescar un poco...

—No... Los negocios son negocios.

—Pues bien, buen Peillon. Está todo salvado. ¡No hemos dicho que hemos de vender á diez céntimos el decílitro de nuestro aguardiente! Te doy diés céntimos, tu parte; bebo un decílitro... Quedas pagado y corrientes.

—Siendo así... Porque la formalidad es formalidad...

—Por supuesto, hombre, por supuesto; eso ni qué decir tiene.

Marcial tomó una medida decílitra, paró al borriquillo, dió á la llave del barril, llenó el vasito, bebió, entregó diez céntimos á Peillon, y andando.

No mucho habían andado, cuando Peillon dijo que la idea de su camarada había sido excelente.

Marcial había sido correctísimo, y como el buen Peillon también tenía sed y opinaba que el aguardiente era un refresco, propuso á su vez beberse un decilitro, por supuesto pagando por su parte á su socio los diez céntimos correspondientes.

Así se hizo.

Un poco más adelante en el camino, Marcial repitió la operación, é imitóle después su amigo; por manera que la moneda de diez céntimos ya está en poder del uno y en poder del otro, según el vaivén mercantil de la oferta y la demanda.

De pronto Marcial exclamó con alegría: —¿Sabes, Peillon, que somos grandes comerciantes?... Aun no hemos llegado á la feria, y ya casi tenemos despachada la mercancía.

—¡Maravilloso!

No hay que decir que Marcial muchas veces volvió á beber sin dejar ni una sola de pagar lo convenido. Peillon le imitó en todo...

Al fin se hallaron á la entrada del pueblecillo.

Estaba éste muy engalanado con gallar-

detes franceses y con farolillos venecianos de variados colores. Las barracas repletas de mercancías; las calles concurridas, la gente muy alegre y en todas partes reinaban el bullicio y las músicas de fiesta.

—Es necesario, ¿comprendes Inesito Pelli... lli... lli... ivon?... tomar un sitio... para nuestro barril.

—Aguardi... aguardiente... diente de Esp... Espa... ñaaa —decía Marcial con desordenado alborozo.

Y Peillon, cejijunto y preocupado con alguna operación de cálculo, decía:

—¿Qué fondos tenemos?

—Yo... Yo ningunos... Cada vez que he hecho algún consumo, tanto... por tan... to. Te entregué el importe de lo que he bebido...

—¿Yo? ¿Yo? Si no tengo más que diez céntimos.

—¿Cómo? La mercancía se ha vendido y no tenemos más que diez céntimos?... Tú... tú me has robado.

Peillon protestó contra aquella acusación injusta.

Marcial le enseñó los puños, poniéndoselos á su camarada muy cerca de los ojos. El bueno, el inofensivo Peillon, no quiso tolerar aquella enseñanza, y soltó una terrible guantada á su socio, y luego ambos

furiosamente se agarraron, convirtiendo en fiera riña el pleito.

—Señores—dijo un gendarme, que acudió á separar á los comerciantes,—¿estáis borrachos?

—¿Borracho? — exclamó Marcial. — ¿Borracho yo? Ved si es posible que se le pase á mi consocio la embriaguez, si se le puede librar de la merluza que ha pescado... la papalina... y aclararemos nuestras cuentas. ¿Cómo es posible?... Considérelo usted, señor gendarme, mi buen gendarme, ¿cómo es posible que habiéndose vendido todo nuestro aguardiente no haya en caja más que el importe de una copa de diez céntimos?

Peillon no lo comprendía.

Fueron conducidos á un calabozo de la cárcel para permanecer allí hasta que se les pasase la borrachera. En la obscuridad... oyeron inesperadamente su sentencia por la voz de un juez desinteresado y elocuentísimo, oyeron tremebundo rebuzno.

El borriquillo, del cual se habían olvidado, y que andaba suelto no lejos de la cárcel.

—De Burdeos no hemos venido uno, sino tres burros—exclamó angustiosamente Peillon.

---





## EL RAMO DE LAS

## TRES NARANJITAS

A. S. A. R. EL PRÍNCIPE PÁJARO

Hubo una vez en una gran ciudad, capital de un extenso reino, un pobrecito príncipe que se moría de tristeza, y sus padres los reyes, ancianos ya, inventaron fiestas muy divertidas para contentarle y curarle... ¡Quién puede contar lo mucho que ellos hicieron con este propósito!

Ajustaron á unos danzarines negros que bailaban al són de unos tamboriles, haciendo ademanes, gestos y contorsiones muy graciosos; compraron lindas carrozas tiradas por hermosos caballos de mucho brío, para que en ellas paseara por los jardines el melancólico doncel; dieron magníficos banquetes á la corte y hasta buscaron á «Toti», famosísimo payaso que con sus juegos malabáricos, sus ejercicios acro-

báticos, sus saltos y mojigangas era capaz, como suele decirse, de hacer reír á un muerto.

Nada de esto, con ser tan divertido, curaba al príncipe de su aburrimiento y tristeza, y hubo que llamar á los más sabios astrólogos y á los más celebrados médicos, para que aquéllos consultando á las estrellas averiguasen la causa de la enfermedad, y éstos estudiando las plantas y las flores hallaran remedio para curarle.

Ni las esrellas dieron luz sobre el obscuro caso, ni las plantas y las flores aroma y substancia que tuvieran la virtud de devolver al joven Jazmín, así se llamaba el príncipe de nuestra historia, la perdida salud.

Hizo entonces el rey, á instancias de su desconsolada esposa la señora reina, que se fijasen en las esquinas de las calles de todas las ciudades y aldeas del reino y en las altas rocas y en los duros troncos de los árboles de los campos, grandes cartelones, en los cuales se ofrecía un enorme sacco lleno de monedas de oro, como premio al que acertara con el remedio para curar al príncipe de su mal.

Roncos se quedaron los pregoneros del reino á fuerza de vocear por todas partes, repitiendo lo mismo que se leía en los car-

telones: el viento arrancó muchos de éstos y la lluvia mojó y borró los más, y había pasado ya mucho tiempo sin que nadie se presentase á ofrecer medicina al enfermito.

—¿Qué vamos á hacer ya?—exclamaban afligidísimos los señores reyes.—¡Esperar á ver si el cielo se compadece de nosotros y concede á Jazmín la salud y la alegría!

Una mañana, sin duda para respirar el aire puro y fresco, el joven se asomó á uno de los miradores de palacio, el cual mirador daba á un extenso y hermoso parque, á cuyo extremo había un espesísimo bosque, y vió que por una veredita, blanca cinta tendida en el brillante y florido verdor de los campos, que seguía ondulando por ellos hasta ocultarse en la frondosidad del bosque y bajo el pomposo arbolado, caminaban una negruzca y encorvada viejecita y una gentil y linda muchachuela, que corría precediéndola, y así fueron hasta internarse en el bosque, del cual salieron, tiempo después, marchando ambas al mismo paso y así también ambas abrumadas por el peso de sendos haces de leña, y esto que el príncipe vió dicha mañana volvió á verlo, y á la misma hora, todos los días, y le entró viva curiosidad por ver de cerca á las leñadoras.

—Padre mío—dijo Jazmín al rey,—dejadme vagar libremente y á mi antojo por el parque; puede que así recobre mi salud.

—Hazlo, si ese es tu placer—contestó el rey, y añadió:—Pero que te siga á distancia uno de los cazadores de palacio, no sea que inerme y solo, te sorprenda y acometa alguna bestia salvaje.

—No, no, padre... quiero ir solo—exclamó Jazmín en tono de mimosa queja y de voluntarioso deseo. Sin embargo, dijo que llevaría pendiente de su cinturón una trompa y que si se viera en un gran peligro la tocaría para avisar que acudiesen á ayudarle. Con esta condición el rey concedió más gustosamente lo que se le pedía.

Quitóse el príncipe su vistoso traje de corte y se puso otro más modesto y sencillo, pues tal vez tuviera que andar por ásperas rocas jarales, y no era cosa de que un rico vestido de príncipe se rasgase y manchase, y así marchó á ocultarse detrás de unos zarza-morales á la misma entrada del bosque.

Quiso aguardar allí la llegada de la vieja y de la muchachita. No esperó por mucho tiempo, pues bien pronto las vió aparecer por la veredita y dirigirse como de costumbre á buscar leña en el bosque.

Era la vieja menuda de cuerpo y flaca

de cara, tenía los cabellos blancos como la nieve, curva la nariz, que casi se la junta-ba con la punta de la barba, desdentada la boca y deslucidos ya los ojos.

La niña era muy airosa y risueña, adornaba su cabeza una espesa cabellera de hilos de oro, relumbraban de alegría sus ojos, grandes, azules como el cielo, y toda ella era lo que se dice un dechado de hermosura y de graciosa inocencia.

—Vamos, vamos, madre Cañamito, no se nos haga tarde,—dijo con voz dulcísima la muchachita.

—No pienses, Azucena, que tengo yo piernas tan fuertes como las tuyas,—replicó la vieja con voz chillona y catarrosa.

Azucena. ¡Qué bonito nombre! pensó el príncipe. Viendo que la viejecita y la jovencilla desaparecían en lo sombrío del bosque, quiso seguirlas; pero no hubiese podido hacerlo sin romper ruidosamente por la enredada maraña de matas y escobares, espinos y otros arbustos, lo cual hubiera asustado á la vieja y á la niña, haciéndolas creer que las acometía alguna alimaña fiera. Mas cuando cargadas con los haces de leña las vió el príncipe salir del bosque, compadecióse de ellas, pues era mucho el peso que se habían echado aquella mañana á las espaldas, y las dijo:

—No os asustéis... Soy un cazador del rey. Me da compasión ver con cuán pesada carga vais agobiadas; si lo permitís, yo gustosamente, y sólo por serviros, llevaré la leña á vuestra choza.

—Sea,—dijo la vieja.

Y el príncipe, aunque no estaba muy fuerte, cargó con los haces de leña y así fué hasta la cabaña de la vieja. Diéronle ésta y la niña las gracias, y el joven se alejó.

Durante muchos días repitióse la escena, y al cabo de algún tiempo el príncipe estaba más ágil, más alegre, con más apetito y hermosos colores en sus mejillas y brillo y animación en los ojos.

Como recorría todas las mañanas el parque, se había enterado de los cultivos y del gobierno y trabajo de los guardas y jardineros y acertó á corregir abusos, á dar pertinentes advertencias y atinadas disposiciones. Sentíase ya casi aliviado; el rey y la reina veían con gozo esta notable mejoría... pero, sin embargo, la tristeza del príncipe no estaba del todo curada, antes podía decirse que en algunos momentos habíase hecho más profunda y apenadora.

¿Qué hacer para curarle?

Triste, sí, triste estaba, porque se había

enamorado de Azucena y no se atrevía á declarárselo á ella, ni mucho menos al rey y á la reina. ¿Qué hubieran dicho?

Una mañana, sin embargo, decidió poner los medios para salir de aquella situación. «Si la reina, mi madre, y el rey mi padre, conocieran á esta niña... ¿Quién sabe? ¡Ah!—exclamó súbitamente como inspirado por una luminosa idea,—ya sé lo que he de hacer.»

Fuése al bosque, esperó la llegada de la vieja y de la niña, y las dijo que había señalado el rey por premio de un saco de oro á quien propusiese un medio eficaz para curar al príncipe.

—Pues bien, este medio—dijo el príncipe,—lo conozco yo; pero á un pobre cazador, joven é inexperto no le harán caso; si vais vos, abuela, vuestras canas, vuestro aspecto venerable infundirán confianza...; reveláis al rey, sólo al rey, el remedio, os dan el saco de oro... venís y nos repartimos por partes iguales el tesoro. El remedio que digo es que toméis un ramo de tres naranjitas y vayáis á ofrecerlo como medicina al cuitado príncipe.

Relucieron de codicia los hasta entonces apagados ojos de la anciana y aun también se manifestó en ellos una extraña opresión de malignidad y de astucia.

Aceptó el trato, tomó un ramito de tres naranjitas y con él se fué al palacio, habló al rey, dejóle para el príncipe una de las naranjas y salió del palacio para volver á los pocos días para saber cuáles habían sido los efectos de aquella medicina.

—¡Magnífico!—exclamó el rey.—¡Mi hijo se ha aliviado por completo!... Id á ver á mi tesorero y recoged el saco de oro... y marchaos... sino es que aceptáis una habitación para vos y otra para vuestra nietecita en mi palacio.

La anciana contestó que ella quería vivir con independencia, dicho lo cual despidióse del rey, el tesorero le entregó el saco de oro y la vieja desapareció.

A la mañana siguiente esperó en vano el príncipe en el bosque; ni la anciana Cañamito ni su nieta aparecieron; fuése á la cabaña y la halló abierta, abandonada y vacía...

¡Oh, qué infamia! ¡Qué espanto! ¡Qué maldad! ¡Qué ingratitud!

El príncipe acababa de recibir un horrible desengaño.

Volvió á palacio, dispuso que varios oficiales por una parte, y él mismo con sus ayudantes, por otra, recorriesen la ciudad en busca de la anciana y de la niña.

No las hallaron en parte alguna; enton-



ces, enardecido por el afanoso deseo de encontrarlas, pidió licencia al rey para recorrer todas las ciudades del reino, diciendo que deseaba conocer los estados en que habría de reinar.

—Sea, hijo mío—le dijo el rey.—En esto hallarás la mejor enseñanza que convenir puede á un monarca...

Carrozas de viaje, caballos de silla, equipaje suntuoso, criados, guardias para la escolta, cronistas para anotar las observaciones que el príncipe quisiere hacer y para escribir la historia de la expedición; todo fué en breve dispuesto y el príncipe salió al fin de la corte.

—Buscad, buscad en todos los lugares á que vayamos—dijo á dos astutos y diligentes agentes—á una anciana llamada Cañamito y á una joven llamada Azucena.

Vano fué también este largo y penoso viaje.

El príncipe no perdió, sin embargo, ni el tiempo ni el trabajo afanoso empleado en su viaje; hízose cargo de las necesidades del reino, de lo más preciso para el progreso del comercio y de las industrias, de lo que exigía la enseñanza, y en fin, de lo conveniente para mantener con grandeza y honor la vida de la patria.

Tornó á la corte, fuerte, sano, experi-

mentado, laborioso y prudente... pero triste...

¡Ah, niña querida!... ¡Ah, linda Azucena!... Ni el poder ni la sabiduría son la felicidad...

Tornó á enfermar el príncipe, y cuando se hallaba en peligro de volver al abatimiento y tristeza en que años antes había estado, supo que en la nación vecina, en un país rival al reino, habían cautivado las tropas fronterizas á una pobre anciana llamada Cañamito y á una niña llamada Azucena.

—¡Será posible!... ¡Oh, yo mismo corro á rescatarlas!—se dijo el príncipe.—Posible es que el príncipe, el hijo del rey enemigo, se enamore de Azucena.

Dicho lo cual, el príncipe hizo que el rey su padre declarase la guerra al extranjero, y el príncipe, el mismo príncipe, mandó el ejército, combatió heroicamente, venció y rescató á Azucena... Cañamito, la vieja, no pareció por parte alguna.

Cuando el príncipe victorioso entró en palacio, dijo:

—Ved, padre mío, esta es Azucena... Si yo me atreviera oís pediría me permitieseis que la hiciese mi esposa.

—Con gusto, hijo mío... Así lo he deseado Yo... yo las mandé que se alejasen,

que huyesen para despertar en ti la actividad, encender tu valor y conducirte á la victoria... ¡Mira!—añadió el rey señalando á un rincón de la estancia.—¡Cañamito! Es la hechicera puesta á mi servicio.

El rey, que era ya anciano, abdicó la corona en su hijo, el cual se casó con Azucena y fué él un gran rey justiciero y ella una verdadera reina.

---



## LA MANO DE BELTCEBÚ

Está el cielo muy lindo con los colores de rosa y oro de la aurora y las florecillas de los campos luciendo gotitas de rocío en sus corolas, como damas que, coronadas de diamantes, estuvieran ya ataviadas para un baile. Un vientecillo las mecía blandamente y la ilusión era completa, porque así parecía que danzaban con gracioso movimiento.

Un arroyo de ruidoso curso era, con los pajarillos, el encargado de la música.

No estaba ni tan alegre, ni con tan buen aspecto Perucho, como el cielo y los campos, sino que sus ojos parecían los de un moribundo, su cara era flaca y pálida, y sus tripas sonaban porque el hambre las daba tormento.

Toda la noche había caminado por los campos en busca de albergue y de pan, y ya desesperado, dábase el pobre chico a

los diablos, cuando en lo más escondido de un bosque, y al apuntar el día, según antes hemos dicho, descubrió un magnífico palacio, cuyas puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, lo cual no hubiera sido extraño á aquellas horas, porque en los palacios no se madruga, pero resultó extraño por lo que declaraba un letrero que en un cartelón que había colgado en la puerta principal, decía:

«Fatigado caminante,  
no busques aquí descanso,  
que está habitado por brujas  
este grandioso palacio,  
y en él mismo pasar suele  
sus vacaciones el diablo.»

—Hombre, ¿vacaciones el diablo? ¿Será ahora tiempo de vacaciones?—pensó Perucho, que, como hemos dicho, estaba desesperado.—Llamaremos; un hambriento como yo es capaz de todo. Al fin y al cabo, siendo uno mañoso y astuto, puede entrar en negocios hasta con el mismo demonio... El caso es no dejarse engañar.

Abrióse la puerta y apareció un diablo vestido de rojo escarlata, que parecía, por lo reluciente, un pimentón colorado de la Rioja.

—¿No has leído el cartel ó es que no sabes leer?

—Sí, señor; sé leer... y por lo mismo he llamado. Hágame usted el favor de anunciar mi visita al amo de la casa.

—¿Cómo te atreves?... Precisamente está aquí Beltcebú; en fin, ¿á quién anuncio?—preguntó el rojillo.

—A Perucho...

Miróle el diablo con desprecio, pero cerró la puerta para volver prontamente á abrirla y decirle que podía pasar.

Fué conducido á una estancia que parecía hecha de ascuas encendidas, y allí, vestidos con trajes verdes, amarillos, negros y rojos, de formas en extremo extravagantes, había brujas y brujos, diablillos y diablasas, y pasaban unas como nubes ó vellones de humo, azulados y blancos, que tenían monstruosos contornos, mostrando vagas figuras de rostros humanos, horrendos. Estas nubes eran los duendes.

Sentado en un silletín formado por el juego de tres enormes cuernos estaba el feroz Beltcebú.

—¿Qué es lo que quieres?—preguntó con voz áspera y cavernosa á Perucho, y con el aliento hizo que se moviesen y ondulasen los duendes que flotaban por el aire.

—Señor Beltcebú... Soy huérfano, mi padre era rico... pero nada me dejó; gastóse alegremente su dinero y ni siquiera se quiso molestar en educarnos—contestó Perucho.

—Ya, ya lo sabemos... no te enseñó ni arte ni oficio, para que te ganases la vida... Tu padre es hoy uno de nuestros mejores tostones á la parrilla.

El pobre Perucho se afigió mucho con la terrible noticia, y mientras se enjugaba los ojos llorosos, pudo oír, no sin asombro, á Beltcebú, que le dijo:

—Sé que no tienes un cuarto, que únicamente aprendiste á tocar un vals en el violín, para recoger en las calles algunas monedas... pero que, cansadas las gentes de oírte tocar siempre lo mismo... huyen ya de ti... Que saliste del pueblo con la música á otra parte... y, por último, que vienes á dar tu alma al diablo.

—No tanto, señor, no tanto,—dijo Perucho lleno de miedo.

—Vamos, tu cuerpo...

—¡Tampoco!...—replicó valerosamente Perucho.

—Entonces... ¿cómo has tenido la audacia de venir aquí —rugió furiosamente Beltcebú... Mas luego se echó á reír, y con él todos los diablos, diablesas y brujas y



brujos... al ver la cara de espanto que puso el desdichado Perucho y el temblor de cuerpo que le entró, haciéndole moverse como gelatina al plato.

—Vaya, pobrete... eres poca cosa... y rodando por el mundo podrás prestar algún servicio á la casa... ¡Te haré rico; no me vendas más que tu mano derecha!... No temas, te quedarás con ella... pero será mía. ¿Te conviene?

Perucho recobró la serenidad, y pensando haber hecho un gran negocio, aceptó el trato...

—Anda, lárgate... si no quieres que te demos un mal rato...—replicó Beltcebú, riéndose todavía, porque sin duda estaba de buen humor.

Hallóse Perucho, sin saber cómo, á la puerta del palacio, la cual acababa de ser cerrada violentamente.

Entonces Perucho, viéndose libre de aquel peligro quiso santiguarse.

—¡Ay, ay!—gritó, porque sintió de pronto un agudísimo dolor en la mano derecha, dolor que le hubo de impedir que hiciese aquella cristiana señal.

Dos criados y una magnífica y cómoda carroza de camino, tirada por dos hermosos caballos, se halló Perucho á la salida del bosque, y grande fué su asombro cuando

uno de los criados, haciéndole muchas cortesías, le preguntó que si quería el señor ir á su casa.

—¿El señor? ¿A mi casa?—pensó muy admirado Perucho... Mas luego se dijo:—Vamos, este es el negocio... ¡buen negocio! Los diablos son tontos, ¡mire usted que hacerme rico por una mano que no sirve para nada!... Y que aun tengo por mía...

—Bueno, sí, á casa—dijo al criado;—tú sabrás dónde está esa casa.

Pues señor; sucedió que llegaron á una populosa ciudad y que el coche se detuvo ante un palacio soberbio. Allí fué Perucho recibido por criados muy ceremoniosos, encontró gran mesa, soberbias habitaciones, regalos y lujos de rico, caballos, coches y, en fin, magníficos vestidos y cuanto se puede desear.

Ya iba á hacerse cruces, pero no bien lo intentó cuando negóse á ello la mano, agarrotándosele y produciéndole un agudísimo dolor...

—¡Qué me falta á mí, señor, qué me falta! Casarme, esto es... Un joven no mal parecido—decíase el muy vanidoso mirándose y remirándose en los magníficos espejos de sus salones,—y millonario... puede optar á la mano de una princesa, ó por lo

menos de una duquesita... que yo soy llano y no me desdeñaría al casarme con una mujer de este modesto rango.

—A ver, Rabete,—gritó. Este tal Rabete era un mayordomo. No habrá que decir que era un diablo disfrazado.

—¿Qué manda, señor?...—replicó el dicho diablo, que era verde y muy risueño.

—Es necesario que me des la lista de las señoritas de la ciudad y me digas cuál es la que debo honrar con mi mano...

—Tenga en cuenta vuestra excelencia que la mano esa no es suya.

—Sí, sí... pero puedo hacer de ella el uso que me dé la gana...

—¡Hum!—murmuró Rabete.

—¡Bueno!... infórmate y ven con la respuesta en un decir Jesús.

Al oír esto, Rabete pegó un salto y dió un espantoso bufido. Al mismo tiempo el palacio se conmovió como zarandeado por un terremoto... y lo que más hubo de admirar y de sorprender á Perucho, fué que involuntariamente se dió á sí mismo terribles bofetadas con la mano derecha.

Pasado aquel susto, Rabete se fué rabiando y volvió poco después con la noticia de que en la hija del rey no había para qué pensar, pues ya estaba prometida á un príncipe; pero la linda duquesita del Li-

rio era que ni pintiparada para el señor.

—Es niña de muchas habilidades: pinta, toca el arpa, en fin, es primorosa en todo,—le dijeron después á Perucho los amigos, que nunca le faltan á los ricos.

—Ella tiene tales habilidades y yo nada sé...—se dijo Perucho, y pensó en tomar maestros de artes para presentarse en los salones del duque á lucir algunas habilidades.

Lo hizo, pero por más que trabajó... la mano diestra, aquella mano del diablo, no servía para nada bueno... Soltábase á dar golpes sobre el piano hasta destruir las teclas, dejando el teclado como boca desdentada... y cuando con la endemoniada mano quería pintar, ésta, con el pincel, embadurnaba de pintura la cara del maestro.

Por fin, presentóse Perucho en los grandes salones... no para lucir habilidad alguna, sino para pretender á la duquesita...

Esta era rubia, blanca, de ojos azules, voz dulcísima... y era lo que se dice, una perfecta señorita... ¿Pensáis que el diablo llevaba allí á Perucho con buena intención? Seguramente no lo pensaréis.

Pues señor, una vez presentado á la niña, Perucho la habló muy discretamente, y como habla un caballero;... mas de pronto, y cuando el salón estaba lleno de gen-

te, Perucho no pudo contener á su maldita mano y ¡zas! la atrevida, contra la voluntad de Perucho, se puso á acariciar la cara y el pelo de la duquesita...

Esta levantóse indignadísima y luego cayó desmayada de vergüenza... Muchos caballeros se arrojaron sobre el indecente Perucho, y al fin, vióse obligado á aceptar el desafío que le propuso un joven, el cual resultó ser hermano de la duquesita.

Perucho... estaba desesperado... maldecía y renegaba de su maldita mano, la cual por cierto se había apoderado, no se sabía cómo, de un magnífico aderezo de brillantes...

Al fin, tuvo Perucho que ir al duelo... ¡él que jamás había tomado un arma en su mano!

—Caballero... puedo asegurar que no tuve intención de ofender á la señorita... —dijo Perucho á su adversario, cuando se vieron en el campo.

—Nada quiero oír,—contestó con indignación. Y gritó:—¡ En guardia!

¿De qué le sirvieron á este pobre joven su valor y su destreza?

La mano diestra de Perucho, *diestrísima* para el mal, movióse de tal modo, que atravesó con la espada el corazón del mancebo...

Allí en el campo, sin confesión, sin salvación, quedaba el noble caballero; su hermana enfermó gravemente de pena y murió; el duque su padre perdió la razón... ¡Oh, mano maldita!

Perucho fué reducido á prisión por robo del aderezo de brillantes, y cuando se hallaba en el calabozo... lleno de vergüenza y de pesar, enfermó gravemente... y entonces supo que como se hallaba tan enfermo, los jueces no habían querido aplicarle la sentencia que la ley marcaba á su delito: era el castigo que habían de cortarle la mano.

—Decid al verdugo que venga...—exclamó Perucho—y que me haga el favor de dar cumplimiento á la sentencia.

Accedió el verdugo á los ruegos del reo y de un hachazo le cortó la destructora mano.

Saltó ésta como un sapo y encendiéndose chisporroteó y se abrasó, dejando un humo espeso y mal oliente.

Perucho quedó manco y pobre; pero con la mano que le quedaba tomó la derecha de un pobrecito ciego, al cual sirvió de lazarillo, y así vivieron, dejando como recuerdo este cantar:

No des al diablo ni un pelo,  
pues de él hará una maroma,  
para llevarte al infierno.

# HISTORIA DE UN ALFILERITO

## I

Quise prenderme al frac una escarapella conquistada en el cotillón, y me dirigí á un precioso acerico colgante que había en el gabinete de la duquesa. En aquel acerico no había más que un diminuto alfiler.

—¡No, no, ese no!—exclamó con extremosa vehemencia la duquesa.

Causóme extrañeza aquella súplica, que tuve por efecto de una superstición.

¿Por qué me impide tomar ese alfilerillo? ¿Qué habría en ello de extraordinario?

¡Es triste que las cosas no puedan contarnos su historia! Mas resulta que yo no sé si fué un sueño mío, ó si por arte mágico se produjo la realidad de lo que voy á contaros; lo cierto es que, verdadera ó imaginada, tengo la idea de que el alfile-

rito, por darme una lección, y para que otra vez no condenase al desprecio cosa alguna, por pequeña que ella pareciese, me refirió sus aventuras.

Había nacido en una fábrica á la vez que centenares de hermanos suyos, los cuales, al ser empuntados, produjeron en la piedra un haz de brillantes, azuladas y rojizas chispas, de las que á veces abrasan los ojos del obrero. Púsosele luego en una de las filas de un papel de á diez céntimos, pasó á los almacenes, y de éstos al cajoncillo de una quincallera ambulante.

¡Cuán gratas sensaciones agitan á un alfilerito nuevo que, no teniendo mala cabeza y considerándose mozo de punta, oye gritar á la vendedora:

—¡A perro grande el papel de magníficos alfileres!

Oirse llamar magnífico, es cosa que en la juventud produce las más risueñas ilusiones; y debemos confesar que el alfilerito las tuvo de las más lisonjeras.

Pasó después nuestro personaje, del cajón de la quincallera, al perfumado cofrecillo de una joven modista de la corte. Cuando él se vió en el taller y oyó las alegres risas, la charla animada y el regocijado cantar de las obreras, jóvenes muy vivarachas y lindas, y cuando oyó hablar



allí de duquesas y princesas, concibió la ambiciosa esperanza de poder llegar algún día á servir en el prendido de una reina.

Sabido es que los trapos y los papeles son una familia muy ligera y alborotada, y hasta que la aguja los afirma ó la cola los pega, fuera difícil el sujetarlos si un ejército de alfileres, á modo de guardias civiles, no se empleara en prenderlos y juntarlos, siquiera provisionalmente; así es que por parejas fueron saliendo del papel, pasaron de la mano á la boca de las modistas, y al fin á rasos y adornos, los hermanos de nuestro alfilerito.

Pero cúpole á éste mejor suerte; porque en la mañana de ún domingo de primavera, su dueña tomóle para prender una rosa en el ojal de la levita de un gallardo caballero, é hizolo diciendo al propio tiempo muy cariñosas frases á aquel su enamorado. El caballero, luego que la flor estuvo marchita, prendió con el alfiler una funda de tela, con la cual, y dentro de una lujosa vaina de acero, se guardaba una soberbia espada. No hacía ésta sino murmurar de continuo, quejándose de verse allí en un rincón, dentro de un saco, como pudiera verse un miserable paraguas, y aprisionada por ruines alfileres, ¡ella, que, según decía, había nacido para la defensa de la

honra y la conquista de la gloria, para trastornar pueblos, y tal vez para derribar imperios!

No pudo sufrir el alfilerito aquellas vanidosas, ofensivas é impertinentes exclamaciones, y aflojando un poco el prendido, dejó caerse al suelo, y allí al siguiente día lo arrolló la escoba, y con otras barreduras arrojóle á la calle.

El chicuelo de la portera le vió, y tomándolo, sujetó con él la cola de una enorme cometa; y ved aquí cómo luego hubo de ascender el alfilerito por los aires casi hasta las nubes, y él, diminuto é insignificante, vió el mundo á sus pies, reducidas á despreciables proporciones las calles, las plazas y los edificios de la gran ciudad; contempló los valles, los ríos, los montes; un admirable y portentoso paisaje.

Violentas eran las sacudidas del viento á aquellas alturas, y el alfilerillo hizo cuanto pudo porque la cola que él sujetaba no se escapara de la cometa; mas al fin una brusca sacudida deshizo el juguete, y clavado en la cola, quién sabe cuánto tiempo voló el alfilerito, yendo á caer en unos zarzales, donde la cola quedó enredada.

Allí fué hallado por un naturalista, rebuscador de insectos, el cual hubo de atra-

vesar con él el cuerpo de una linda mariposa, y clavado quedó en el corcho del entomólogo.

¡Suerte de las criaturas! ¡Caprichos de la fortuna! Aquel entomólogo era el duque, y cuando Su Excelencia llegó al palacio, salióle á recibir la propia duquesa.

No podía el alfilerito cumplir gustoso con aquel horrible oficio de verdugo, y menos por servir á una ciencia prendida con alfileres. Agitaba la mariposilla sus doradas alas, primero con rapidez y fuerza, luego á intervalos y como por saltos de una llama que va á apagarse, y al fin débil, mortecinamente, apurando su horrible martirio.

Cuando las manos de la duquesa vinieron á librar al animalillo, éste había muerto; pero el alfilerito tuvo la dicha de verse prendido en el peto de la gran señora. ¡Picaba ya muy alto!

## II

¡Figuraos si colocado cerca del corazón de la duquesa, podría ó no llegar á conocer los secretos de tan hermosa dama! Pero discreto por extremo, nada dijo; bien que nada deshonoroso podía decir, á juzgar por la siguiente aventura.

Hacían los duques un viaje. El alfile-

rito fué por su dueña colocado para sujetar una pañoleta del cuello. El tren corría rápidamente. El duque dormía, apoyando su cabeza en uno de los brazos del asiento. Junto á la duquesa iba un caballero que comenzó á dirigirla impertinentes galanteos, y que, artema y suavemente, fué deslizando su mano en torno de la cintura de la dama. Entonces ella, al sentirlo, roja de vergüenza, desprendió con vivo y hábil movimiento al alfilerito de la pañoleta, y cuando ya el brazo del miserable iba á estrechar su talle, la duquesa clavó en la mano del sátiro la fina punta del alfilerito, que traspasó la piel y el músculo é hirió con agudo pinchazo sin duda el más fino y sensible de los nervios.

Rugió de rabia el canalla, retorcióse de dolor, y huyó á esconderse al extremo opuesto del vagón, y luego, afrentado y corrido, escapó de allí en la primera parada del tren...

Colocado fué en el lindo acerico del gabinete como en el centro de un escudo, ¡blasón de gloria!, el alfilerito, ¡espinas de una flor!

¡Venga, se decía á competir conmigo en triunfos y dignidades la fanfarrona espada, la cual puede que hoy enmohecida se halle en el revuelto montón de cosas viejas de alguna obscura prendería!

# LA INVENCION

## DEL PATE FOIE GRAS

Á MI QUERIDO AMIGO EL POETA PEPE CUBAS

### I

En un ancho corral poblado por muchedumbre de gallinas negras, blancas, pintadas, de moño y de calzón, pavos y conejos, un terrible perro guardián, y hasta dos animalitos de los de la vista baja, vivían dos patos de blanca pechuga, cuello verde mar y azul cielo tornasolados.

—Nosotros, solía decir Pati-listo, el más vanidosuelo y ambicioso de los dos patitos, no somos plebeyos; pertenecemos á la aristocrática familia del cisne, y hemos recibido una muy variada educación, puesto que podemos nadar, volar, andar y cantar.

Tales presunciones hacían murmurar en

corrillos á las gallinas, comadres charlatanas; lanzar despreciativos y coléricos cacareos á los gallos fanfarrones, que miraban con altivo desdén al petulante patito; gruñir con brutal enojo á los animales de la vista baja, y obligaron á los conejillos, que en lugar apartado roían un troncho de berza, á gesticular con muecas de burla; y hasta un pavo, necio y desatento, lanzó por lo mismo una estrepitosa carcajada, é inflóse después en rueda, preteñiendo humillar la vanagloria del patito.

—Esta gentuza nos odia, dijo Pati-listo á su hermano. Nosotros no hemos nacido para vivir en un corralón inmundo, sino para vivir en los jardines de un rey, solazándonos en el estanque bajo la sombra de los desmayos de ramaje amplio y caído como la vestidura de un dosel, y allí abríamos recreado á las damas y á los príncipes. Debemos abandonar este corral, y en busca de aventuras lanzarnos por el mundo como caballeros de la nobleza.

—¿Lanzarnos á correr las aventuras? exclamó Pati-bobo, el otro patito, modesto y apacible y de ánimo resignado y juicioso.

—Sí. Todo debemos esperarlo de nuestra audacia y de nuestra variada educación, como volanderos, como nadadores, como andarines y como cantantes.

—¡Ah, hermano mío! replicó Pati-bobo; ten presente que nuestra educación es incompleta; somos aprendices de todo y maestros de nada. Yo, por mi parte, no deseo sino perfeccionarme en cualquiera de nuestros ejercicios. ¡Oh, quién pudiera volar como la paloma ó cantar como el ruiseñor! ¿Qué fortuna hemos de lograr en el mundo siendo, como somos, torpes é ignorantes? Pol lo menos, por tal me tengo, y esto me humilla y entristece.

Burlóse Pati-listo de la modestia de su hermano; túvolo por timorato y poco avisado para conocer el mundo, y díjole que el secreto de la fortuna no estaba tanto en valer como en aparentar valía y en hacerse estimar; porque lo que Pati-listo pensaba: ¿Quién sabe si por nuestra mucha diligencia ó nuestra buena suerte llegaremos á una isla ó reino en los cuales jamás hayan visto criaturas de nuestra especie? ¿Qué asombro no produciría el ver que del agua se lanzan al aire, y de éste tornan al agua, aves tan lindamente adornadas con un plumaje tan vistoso como el nuestro? No menos habrán de tomarnos que por aves de magia; tal vez lleguen á pensar que somos príncipes encantados. En las cortes hallaremos algún lugar preferente y distinguido, y hasta ser podría que alguno

de nosotros conquistara por esposa á la hija de un rey, heredera de la corona de un vasto imperio. En fin, cualquiera que fuese nuestra suerte, siempre habrá de irnos mejor en otras partes que entre esta chusma grosera de envidiosos serviles.

Pati-bobo, no sabemos si alucinado por los ensueños de su hermano ó entristecido ante la idea de separarse de él, á quien mucho amaba, aceptó la proposición de la escapatoria, y una mañanita, cuando *apenas los pequeñitos y pintados pajarillos* habían empezado á darse unos á otros los buenos días y las flores se acababan de lavar la cara con las gotitas del rocío, Pati-listo y Pati-bobo, pasito á paso, *salieron del corral*, caminaron hasta las márgenes de un río, lanzáronse á nado por la tersa superficie, y se dejaron llevar por la mansa y apresurada corriente, creyendo que en esto estaba *el secreto de las aventuras*, y la corriente los condujo á un inmenso lago, del cual el río era celoso y antiguo tributario.

Al cabo de algunos días de viaje por aquel pequeño mar, y merced, sin duda, al influjo de alguna hada protectora, los viajeros tuvieron ante sus ojos el contorno mágico de un país maravilloso, los muros y las torres de una gran ciudad, y en aque-



lla orilla fueron recibidos por muchas personas llenas de curiosidad y de asombro al verlos, pues en aquel lago y en toda aquella región nunca habían visto, por raro capricho de la naturaleza, aves acuáticas.

## II

Pati-listo, abriéndose paso por entre la muchedumbre de curiosos, exclamó con dignidad:

—Guiadnos presto al palacio del rey.

Claro es que al oír la demanda tuvieron las gentes á los extranjeros por embajadores llegados de lejanas tierras, correos de gabinete que tal vez llevarían el encargo de exponer al rey algún importante mensaje.

—Señores, dijo Pati-listo, no bien él y su hermano se vieron en presencia del rey: Venimos de muy lejos, impulsados tan sólo con el deseo de contemplar el poderío y grandeza de V. M., de los cuales hay noticia propagada por todo el mundo.

El exordio de este discurso pareció bien al rey, y el monarca alentó con una muy benévola sonrisa al orador para que continuara su perorata. Prosiguió Pati-listo diciendo lo ya sabido, que él y su hermano

descendían del cisne, y que él era diestro en las partes de natación, vuelo, marcha y canto, y por lo cual ofrecía sus servicios á tan poderoso rey y señor; é hizo después una profunda reverencia, espatarrándose y entreabriendo un poco las alas y fijando el pico en tierra. Señales de sumisión y cortesía.

Dirigióse entonces el monarca á Pati-bobo, que, tembloroso y acobardado, había hecho por ocultarse tras de su hermano.

—Y tú, ¿qué me dices?

—Yo, señor, desearía poder perfeccionar las artes que he aprendido, y pediría á V. M. me dejase en sitio apartado donde por algún tiempo yo hiciera mis estudios y aprendizaje para llegar algún día á corresponder con mis servicios al buen acogimiento que V. M. nos dispensa.

Concedióle el rey á Pati-bobo la gracia que pedía, y le envió á uno de los patios de palacio, en el cual había un estanque. Dió orden para que fuera alimentado y atendido el patito por todo el tiempo que duraran sus ensayos y sus estudios, y luego quiso aprovecharse de los servicios de Pati-listo, el cual, sin duda alguna, y por lo que el muy audaz había dicho, no necesitaba educarse ya en artes de las cuales podría ser maestro.

Fué el caso que S. M. quería enviar entonces un mensaje secreto á una princesa, su amada.

Habitaba dicha princesa un palacio oculto en lo más espeso de un enmarañado bosque, y el rey confidencialmente dispuso, exigiendo gran presteza y mucha cautela que Pati-listo llevase á la dama una cartita amorosa.

—Ve, y vuelve pronto, y procura que nadie descubra el objeto de tu importante comisión.

Echóse á andar Pati-listo, y como el rey le vió zambear y descubrió lo torpe de su paso, Pati-listo dijo que caminaba así, de aquel modo, porque era propio disimulo para que nadie sospechara que se le había encomendado misión alguna de urgencia y de interés.

—Veo que á más de ágil eres hábil, dijo el rey, en efecto, si te vieren salir de palacio con apresuramiento y presteza, todos los cortesanos comprenderían que ibas á cumplir una orden de importancia, y habrían de rabiarse por conocerla.

Cuando Pati-listo llegó á la entrada de la selva, buscó á una liebre, á la cual, pobre y sencilla campesina, hízola saber que él era un personaje de palacio y qué podía prestarla mucho favor, y la rogó lle-

vase la carta del rey á manos de la princesa y después tornara rápidamente con la respuesta. ¡Figúrese el lector si la comisión sería difícil para la liebre! Escuchó con las orejas muy aguzadas y tiesas las ofertas del patito, echóse después las orejas á la espalda y á correr como el viento por los ocultos senderos del bosque, y así en un santiamén trajo la respuesta.

Cuando el patito se presentó en palacio, maravillado el rey de la prodigiosa prontitud con que le había servido como mensajero diligente y cauteloso, nombróle Correo mayor del reino con banda y placa.

Hubo, poco después, que enviar un parte á los ejércitos del rey, que á la sazón se hallaban en guerra, y era necesario que el mensajero de tal misiva ú orden salvara, para entregarla, los obstáculos opuestos por el enemigo. Encomendó el rey este nuevo servicio á Pati-listo, su Correo mayor, y el patito, entendiéndose con una paloma torcaz no menos servicial é inocentona que la liebre, sin que en éste, como en el otro caso, pudiera nadie descubrir la trampa del intrigante cortesano, volvió ante el rey con el pliego de respuesta.

—¡Admirable! ¡admirable! dijo el rey; desde hoy eres el Director de los telégrafos reales.

El muy astuto patito llegó á pensar que no en todas ocasiones podría salir airoso de sus compromisos, y sin duda por esto contestó al rey:

—¡ Señor, cuántos honores me prodiga V. M. ! Así es que creo que ya tan sólo en muy raros casos habré de prestar mis servicios, porque las altas dignidades obligan, si han de ser convenientemente mantenidas, á que un personaje no se desgaste y prodigue demasiado.

Entendiólo así el rey, y dijo que ya únicamente iba á encomendarle otra nueva comisión de importancia: la de ir á la mar á inspeccionar secretamente el estado de las escuadras reales.

No se acobardó el patito, aunque bien pronto hubo de comprender lo arduo de la empresa, y dijo que estaba presto para llevarla á cabo.

Ya en las orillas del mar, quedóse Patilisto pensativo. El nadaba bien en un estanque, pero ¿ cómo podría hacerlo en medio de las olas alborotadas? ¡ Imposible ! Y en cuanto á entenderse con los peces, seres de escasísima inteligencia, era propósito disparatado; aun si allí hubiera habido gaviotas, menos mal, si bien hay que entender que las aves marinas son gente bravía, libre y piratera, con la cual

no valen engaños ni trapisondas. Viven en las rocas y los vientos, lejos de los palacios y los reyes, en envidiable y poderosa libertad.

A bien que el patito no era muy escrupuloso, y pensó que la comisión había de ser desempeñada secretamente, el mejor medio de que nadie le viera junto á las raves era no ir á ellas; y presentándose al rey para manifestarle que las escuadras se hallaban en muy buen estado y que los marineros cumplían con su deber, éstos no habrían de desmentir al inspector, antes le colmarían de elogios y tal vez le aclamaran por un sabio y peritísimo piloto; y como Pati-listo lo había pensado acaeció, pues que al saberse en las escuadras la opinión que el inspector hubo de manifestar al rey, opinión merced á la cual los oficiales de la marina recibieron gracias y honores, pidieron para Pati-listo lo que ya el rey iba á concederle, la plaza de Almirante mayor del reino, y Almirante mayor del reino fué nombrado en pergamino y sello.

¡Cuántas dignidades, qué honores, qué prodigalidad de fortuna, que encumbramiento los ya conquistados por Pati-listo!

Mas un cierto día el rey hubo de decirle:

—Mucho me complace contarte en mi servicio; pero yo tengo un deseo que satisfacer, el deseo de oírte cantar, que de seguro habrás de hacerlo de una manera plausible, con armoniosa voz y el mejor estilo.

Quedóse un poco aturdido el patito, porque aquel era, sin duda, el más grave compromiso y apuro en que él hasta entonces se había visto; mas prontamente dió la respuesta:

—Señor; en efecto, he estudiado el arte del canto, dijo, y no es del todo mala mi voz; pero tanto me impone la presencia de V. M., que estoy seguro no podré dar una nota. Voy á intentarlo. V. M. podrá convencerse del deseo con que quiero cumplir hasta el último de los suyos, pero también de que, como la garganta es órgano delicado, cuando el alma está llena de respeto y admiración, fácil es que la voz desentone... *Brek... Brek... Brekee...*

Tapóse el rey los oídos y rieron desatinadamente los cortesanos al oír aquel chillido estridente, áspero y desacordado.

—¿Ve V. M. lo que yo decía? Desafino, á pesar mío, dijo el patito.

—Sí, ciertamente; pero tu amor hacia mí es mucho, tu respeto es grande y tu modestia ejemplar, replicó el rey. No eres

tú como los demás cantores de la corte, que así cantan delante de mí, lanzando trinos y gorgoritos con la mayor frescura, y como si yo no fuera bastante á imponerles con mi presencia temor alguno. Así, pues, desde hoy quedas nombrado mi Maestro de capilla y Director de mi orquesta de ruiseñores.

### III

En tanto que llegaba Pati-listo al ápice de la montaña de su ambición y tenía el cuello encorbatado por cinta de grana, de la cual pendían placas, cruces y medallas, y entre ala y ala la banda de Almirante, y bajo la misma cola la llave dorada, y como signo de sabiduría unas preciosas gafas montadas en el pico, y entorpecido el paso, ya de suyo torpe, por el espadín de arrastre, la cartera de Correo mayor y la batuta de Maestro de capilla, ¿qué había sido de Pati-bobo?

¡Pobrete! ¡Desdichado! Con necia y tenaz porfía soñando en la carrera del alazán, en la rápida marcha de la barquilla de vela por los mares, en el vuelo del águila por el espacio, y en el cántico del ruiseñor, cuya voz se pierde en el cielo du-



rante la noche; voz tan armoniosa, que no parece sino que las estrellas se hallan allí congregadas para escucharla; pretendía, claudicando aquí, aleteando allá, ora zambulléndose en el estanque, ora soltando su voz agria, crujiente y chillona, poner arte y método, según orden y tiempo, á sus pobres facultades.

¡Vano propósito! ¡Tarea ingrata, ya unas veces acometida por el estímulo de esperanzas ilusorias que él de propio intento se fingía, ya otras veces coartada por los desaciertos, los desencantos y sobre todo por el desprecio del infame vulgo, miserable canalla de la barbarie!

Los palafraneros, cocineros, lacayos y pinches hacían burla y chacota de Pati-bobo y solían decir que él seguramente no había de ser nunca sino el hazmereir de las gentes, y hasta le consideraban como un pajarraco inútil y costoso; y hubo entre aquellos pillastres que al patio se asomaban un pícaro que se atrevió á decir á Pati-bobo estas palabras:

—Tú nunca serás lo que tu compatriota ó hermano, el Almirante mayor del reino. ¿No te corres de vergüenza? Bien, que tu llenas la panza y haces aquí cuatro moji-gangas y payasadas, y ¡vamos viviendo! Así engañas al rey y eres el más ingrato

de los seres. Pati-bobo se hubiera lanzado al lacayo, pero se contuvo, quedóse aterrado y huyó á esconderse en un rincón.

¡El, Pati-bobo, acusado de ingrato! Entonces fué cuando, luego de mucho pensar, se dirigió al jefe de las cocinas de la Casa real y pidió hablar secretamente con él.

—Yo, señor, le dijo, he oído decir que tenéis orden de preparar, para el banquete que pronto ha de celebrarse, un nuevo plato á S. M. Bien véis, señor, que nada adelante en mis trabajos y que no sabré jamás pagar los beneficios que el rey me hace y los que á vos mismo debo; así, pues, vengo á deciros que me sujetéis en cepo, desplumadme la pechuga, ponedme frente al fuego, alimentadme, y luego que mi vientre esté abultado, cortadme la cabeza, sacad mi hígado, que él habrá de ser el manjar más delicado y sabroso que hasta hoy haya comido S. M.

Y así se hizo; y el manjar fué servido en las mesas del rey, y fué muy celebrado, y sigue siéndolo, y nadie sino yo sabe el sacrificio de Pati-bobo, el cual dió en su entraña su alma como un verdadero artista.

---

# BARTOLO Y LA ALPINI

(ANÉCDOTA NARRADA AL VOLAR DE LA PLUMA)

## I

¡Cuánta gracia, qué señorío y qué dulzura mostraba la incomparable primadonna que fué el encanto de nuestros padres!

La hemos conocido; hemos gozado de este honor. Era una hermosa anciana de cabellos blancos y de fisonomía de las más expresivas y elocuentes. ¡Marietta Pini!

(Entiéndase que disfrazamos el apellido).

Su voz era dulcísima, hablaba pausada y corectamente el castellano, y deliciosa música era en su boca el idioma del Dante. Cuando hablaba este idioma era un embeleso oirla. Así, al narrar era tan ordenada y pintoresca como Metastasio; cuando se apasionaba, ora tenía la dulzura del

Tasso, ya la épica entonación del cantor del infierno; y si hacía festejo y burla su alegre alma de artista, tomaba su palabra el recortado y fresco decir de Goldonni.

Fué en Madrid amada con locura por un pobre campesino.

Nos decía Marietta Pini:—¿Quién le hizo entrar al rústico mozo en el teatro Real á ver una ópera? El diablo sin duda.

Allí, sentado en lo más alto del teatro, muy abiertos los ojos y fijos en el escenario, pienso yo que el pobrete estaría dormido y despierto á la vez. La música le cautivaría; las luces, sin duda, le maravillaron; los trajes, las espadas, las decoraciones, serían para él verdaderos portentos. ¡Cuánto, cuánto gozaría el bueno de Bartolo!

De todo cuanto él vió... ¡cierto es, y he de decirlo!... nada le produjo mayor asombro, ni más profunda impresión que la primadonna, los atavíos vistosos, mi mucha juventud,... y ¿por qué no decirlo? soy vieja ya, hablo de otra, otra yo que hace tiempo no existe para ser galanteada ya, ni envidiada... mi hermosura italiana.

No tuve conocimiento de esta pasión que yo inspiraba sino al cabo de un año de haber ella encendido el corazón del pobre campesino.

De tiempo en tiempo recibía grandes ramos de flores, los más hermosos que me regalaban.

—Pregunta,—solía yo decir á la camarera,—quién es el que me envía este obsequio.

—Ha traído el ramo un mozo... que debe ser un poco babieca: apenas se atreve á hablar, y cuando lo hace la mira á una asustado. En fin, es tan zopenco que ni ha querido recibir la propina... Pregunté quien enviaba el ramo, pero no ha sabido contestarme.

Así ocurrió varias veces.

Una noche de beneficio mío, hallé, como casi siempre ocurría en estos casos, lleno el cuarto de magníficos regalos... joyas, objetos de arte y otras preciosidades; entre ellas, la noche que digo, un precioso canastillo con lazos de seda, y en él la fruta que más me ha gustado, riquísima fresa.

Cuántas veces oyóme decir Ronconi: «La fresa es para mí como para Ismael las lentejas.» Pero mi gusto es, sin duda, más delicado: por un cestito de fresa vendería á veces mi puesto de primadonna.

La persona que así me obsequía había, sin duda, querido atender á mis gustos favoritos. ¿Quién era? Lo ignoramos. El

canastillo habíalo llevado el aldeano de siempre, el mozo bobalicón.

Que esto me preocupó, he de confesarlo; pero que no llegó á preocuparme tanto que no lo diese al olvido hasta que, por nueva ocasión, nuevo ramo ó delicado regalo hacía revivir en mí la curiosidad ó el interés, también es cierto.

Una noche, el conde de Valenceta, que era uno de mis más respetuosos y queridos amigos, entró en mi cuarto y me dijo:

—Marieta, ha estado usted como nunca: he oído á usted cómodamente y desde el sitio donde mejor se goza para oír y para ver.

—¿Desde dónde?

—Desde la cazuela. Pienso que así llaman á tal lugar porque aquello parece menestra según la variedad de pájaros que allí se ven: estudiantes, soldados, obreros, señoritos y señoritas modestas. Además, por el calor que se sufre y que á uno le cuece.

—También le llaman gallinero.

—Por el guirigay que allí se arma. Pero le llaman paraíso... y pienso que es porque desde aquella altura se ve y se oye sin que nos distraigan las damas coquetonas y los caballereses impertinentes. En cambio he descubierto á un aldeano que está ciegamente enamorado de usted.

Discutía á su modo con otro que estaba á su lado, y hablaba con fervoroso entusiasmo.

«¿Mejor que la señorita Pini?... ¡Qué ha de haber! Su cara es como la de los ángeles. ¿Quién canta como ella canta si no tiene la cara que ella tiene? Voz celestial, cara celestial.»

Decía el hombre, y en ello entendí que se trataba de un fanático admirador de usted como yo. El mozo viste como los campesinos, su aire no es muy de hombre despierto... pero cuando yo le vi y yo le oí, se transformó su rostro, apareciendo lleno de vivacidad y de elocuente expresión.

—¿Es uno que en la delantera del paraíso, con la cara apoyada en las manos, sin pestañear, mira al escenario?—se atrevió á preguntar mi camarera.

—El mismo,—replicó el conde.

—Señorita, es el aldeano de los ramos.

## II

Al fin llegué á conocer á mi enamorado.

Una noche, cuando terminaba la representación del *Otello* y apenas acababa yo de disponerme á salir del cuarto, sentí un

terrible estruendo, voces y ruido de gentes alborotadas á la puerta del teatro.

De pronto, por un estrecho pasillo que conducía de la puerta del escenario hasta los cuartos, llegó á donde yo estaba un joven.

Llegaba pálido, descompuesto y como buscando por una y otra parte lugar donde esconderse.

—¡Ampárenme!...—gritaba.

—¿Qué es ello?—dije.—¿Qué le ocurre?...

El joven se detuvo al verme, y extático quedose mirándome.

Por usted... señorita... Pini... he pegado al negro ese. Hace demasiado á lo bruto su papel. Le he pegado, le he herido loco... y me prenderán.

Aquel era mi fanático, el aldeano entusiasta. Dile refugio entonces, logré después librarlo de una causa y siempre he guardado en mi corazón su... ¡efímero amor!

Y Bartolo, el pobre Bartolo, es tipo que suele aparecer de vez en cuando entre los espectadores; pero entre los espectadores que pertenecen al pueblo. Por seres como él suele hallar el artista el aplauso verdadero y la ciega pasión... ¡única gloria! ¡Dichoso el que inspira tan fervorosos afectos!



## EL CABALERO GRIS

### I

Los días más alegres del año habían empezado á sucederse; Margarita y Fernando, con su lindísima niña *Pilarín*, estarían pronto en su quinta de Zarauz disfrutando de frescura, entre un lozano monte y el mar; los tres se verían gozosos, libres y rodeados de todas las comodidades de la gente rica, y que, además, sabe serlo.

Margarita, sin embargo, no estaba contenta; habíanla enojado varias menudas contrariedades ocurridas durante el viaje. Estaba malhumorada, seria y nerviosa.

Fernando y Margarita se detuvieron, como de costumbre, á descansar unos días en San Sebastián, para luego proseguir el viaje á Zarauz.

Hospedábanse con la niña y una niñera en un buen hotel situado en la misma Concha.

—¿Aún sigues con ceñito, nena mía?— preguntó cariñosamente Fernando á su mujercita, al día siguiente de la llegada á San Sebastián, cuando á la hora del almuerzo se hallaron los dos sentados en la mesa redonda del hotel, junto al mirador de la terraza desde el cual se contemplaba la playa y el mar.

—Sí, sí, estoy enfadada—replicó Margarita con acento quejumbrón y mimoso—; es mucho cuento! Siempre que hacemos un viaje, siempre he de tener motivos para irritarme. ¿Te parece que no había de causarme disgusto el saber que Camila, mi camarera, tuvo en Madrid la ocurrencia de guardar mi vestido color perla en el mundo grande, con el equipaje facturado, y no en el baúl maleta de mi servicio? ¡Pues bien; además se olvidó de colocar en el neceser de mano las tijeritas corvas, sabiendo, como ella muy bien sabe, que no la gusta á la niña que se le corten las uñitas con otras tijeras, sino con aquellas! Llorará el ángel mío cuando sepa que se han quedado en Madrid las *texeritas*, como ella dice.

—¿Por eso? ¿Sólo por eso estás con la carita fosca? —dijo Fernando. — ¡Vaya unos motivos! No puedo creer que por cosa tan baladí estés tan incomodada. No te

apures, muchacha, tenemos dinero; tenemos más aún de lo que rigurosamente necesitamos para nuestras necesidades, y la ciencia del rico consiste en comprender que el dinero puede ofrecer fácilmente el mayor de los bienes y la más preciada ventura de la vida, magníficos, envidiables dones... dones preciosos. ¿Sabes cuáles?

—¡Ay, Fernando mío, déjate de filosofar!—exclamó Margarita.

—Déjame decir un sermón chiquito—añadió Fernando.—Sólo te diré que la independencia y la segura normalidad del vivir son los dones más estimables de la riqueza. ¡Dones que no nos faltan! ¡Cuántos reservistas, que son hombres casados, han tenido que marchar á la guerra, por ser pobres, y han dejado en abandono á sus mujeres y á sus hijos! ¡Cuántos infelices trabajadores mueren en la mina, caen del andamio ó son aplastados por la mecánica de una maquinaria! Incierta es la suerte de los pobres que no tienen asegurado el presente, ni, como nosotros, fáciles prevenciones contra las necesidades futuras... ¿Qué nos falta á nosotros? Yo estoy bueno, tú saludable y hermosa... ¿Y nuestra hija? ¡como un sol! ¡Mírala allí, jugando alegremente en la playa! Así, pues, nada de enojos... Y como por lo vis-

to aquí van á tardar más de veinte minutos en servir el almuerzo, me voy á la tabaquería, en una carrera, á comprar cigarrros. Tú estarás cansada; espérame. Pronto estaré de vuelta. Subirá la niña, ó yo al venir la recogeré; almorzaremos, descansarás, y luego iremos de paseo al castillo. ¿Te gusta mi plan? ¡Ea! ¡Fuera morriña! ¡Somos tan dichosos!

Fernando salió del comedor, después de haber estrechado entre sus manos la mano blanca, fina y chiquita que le tendió dulce y afectuosamente su esposa, como en demanda de perdón.

—¡Sí, sí, tienes razón!—quedóse pensando Margarita con suma gravedad.— ¡Somos dichosos, somos felices!

De sus pensamientos la distrajo de pronto la llegada de un caballero, que frente á ella tomó asiento en la mesa redonda. Un hombre, cuya presencia produjo viva extrañeza y algo de recelo en Margarita. Era el recién llegado un señor de edad madura, rostro pálido, barba y cabellos grises y de gris vestía: gris era su traje, y grises su sombrero, su corbata y sus guantes.

—El caballero «Gris»—se dijo sonriendo sutilmente Margarita, llevada de ese humor satírico, fino, de las gentes habi-

tuadas al buen trato social aristocrático; —y apartó la vista del sujeto aquel, que, á la verdad, no sólo inspiraba risa, sino además, un cierto é inexplicable temorcillo por instintiva desconfianza.

Margarita, por librarse de la tentación de burla, dirigió su vista á la playa, donde su hijita seguía jugando á pocos pasos de la camarera puesta á su cuidado.

—¡Qué hermosa es mi niña! ¡Qué robusta y qué sanota!—se dijo con maternal orgullo Margarita.—¡No haya miedo de que llegue á tener nuestra *Pilarín* los alifafes que otras niñas padecen! Está sólida y colorada; da gozo verla.

Volvió en esto á llamar su atención el caballero gris.

Aquel tipo singular había armado en un momento una revolución en el comedor, llamando á éste y luego al otro, y así á todos los camareros, ya para pedir apresuradamente el almuerzo, ya para hacerles preguntas muy raras y demandar mil servicios á la vez. Era un estrafalario, sin duda. Su cara gesticulaba mucho, como las de las personas esclavas de los demonios nervios.

El caballero se levantó bruscamente, sonriendo, y á toda prisa se puso el sombrero y salió del comedor por una de las

puertas del miradorcillo de la terraza, y bajando con ligereza la escalinata apareció de pronto, y como si hubiera ido en un vuelo, en la playa. Los mozos y el dueño del hotel se asomaron al miradorcillo para ver dónde se iba el caballero aquel tan extravagante.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! Hoy está nuestro hombre con ventolera recia—dijo uno de los mozos.

—Ya se lo conocí yo esta mañana al servirle el desayuno—añadió otro.—¡Pues no quería que lo probara yo antes! ¡Y dale con que el café tenía pólvora! ¡Es de lo más caprichoso el pobre señor!...

Margarita vió que el caballero «Gris» se había detenido á hablar con la niñera de *Pilarín* y que acariciaba á ésta. De pronto Margarita se puso de pie... llamó su atención ver al poco tiempo que la niñera, la muchachita, se dirigía al hotel dejando á la niña en la playa y al lado de aquel extrambótico señor...

—¡Anda, ahora carga con la niña aquella!—dijo *risoteando* uno de los camareros.—¿De quien será aquella criatura?—añadió con acento que revelaba inquietud.

—La niña es mía, ¡es mía!—replicó sobresaltada Margarita.

—¡Cómo! ¿es de la señora?—dijo el camarero.

—Sí, hombre, es de la señora—contestó otro de los mozos.—Pero no hay que asustarse, es un loco pacífico.

—¡Dios mío, un loco!—exclamó Margarita aterrada.

—Cálmese la señora; es un loco inofensivo, un pobre ingeniero muy sabio que ha perdido el seso de tanto estudiar—dijeron á Margarita.

Mas ésta ya nada oía; acababa de ver que el pobre enfermo había cogido en sus brazos á la niña y paseaba de uno á otro lado zarandeándola á su gusto.

¡Inesperado contratiempo!; él rompía la seguridad, la norma corriente de la dicha apacible, y quebrantaba la dulce y sosegada confianza de la existencia diaria y regulada... Una cabeza en la cual revuelve la locura, es como una tierra bajo la cual hay una mina de pólvora... ¿Quién sabe qué catástrofe puede producir en un instante?

Corrió Margarita á la playa para apoderarse ella misma de la niña, para ella misma quitarla de los brazos del loco.

—¡Fernando! ¡Fernando!;—pero Fernando no estaba y no había que perder tiempo.

No obstante, cuando Margarita se vió ya cerca del loco se detuvo; era necesario

proceder con astucia y con cautela, no fuese que al verse asediado y contrariado dañase á la niña.

Los locos son maliciosos y se enfurecen al comprender que se trata de contrarrestar sus caprichos. ¡Calma, pues: sumo cuidado!

Latía fuerte y violentamente el corazón de Margarita.—¡Virgen Santísima de la Misericordia! ¡Madre mía! ¡Ilumíname! ¡Ampárame!—exclamó ferviente y devotísimamente la desdichada Margarita.

## II

—No—se decía,—si grito se alarmará, se irritará. Es un loco pacífico... Ríe, juega; no quiere hacer mal á la niña... ¡Claro, le encantó el verla tan hermosa!... Iré; sí, me acercaré; le hablaré.

¡Dios mío! ¿Dónde se va ese hombre?...

Se iba, y caminaba muy apresuradamente.

Margarita corrió tras él... afanosa, agitada, llena de terror...

Primero el loco se metió en el agua dirigiéndose á un barquichuelo que había amarrado muy cerca de la orilla... luego mudó de capricho, y saliendo del agua,



echóse á correr en dirección del monte de Igueldo, saltando por unas rocas que están bajo Miramar, y la madre, frenéticamente exaltada, prosiguió tras del vesánico y saltando y corriendo á su vez con tal ligereza, que casi estuvo á punto de darle alcance, y bien pronto el loco, la niña y Margarita desaparecieron de la vista de cuantos estaban presenciando el caso, temerosos y sin saber qué partido adoptar.

De la otra parte del monte, en las rocas de la costa, se hallaba poco después bailando horrorosamente por ellas, y con la niña en los brazos, el furibundo loco, atacado, á no dudarlo, de un delirio espantoso...

Un demonio era, un monstruoso demonio. Tenía en sus garras al ángel de Margarita, y la criatura lloraba y llamaba á su madre...

—¡Hija, hija mía, hija de mi corazón!  
—oíase rugir á ésta como á una fiera.

La niña luego callaba, aterrada sin duda...

Su silencio era aún más espantable...  
¡Ah! y el loco saltaba y danzaba.

No se sabía lo que el loco decía; hablaba y vociferaba como un energúmeno; era horrible, inconsciente, frío, cruel, caprichoso como el horrendo mar, negro y duro

como los escollos sobre los cuales bailoteaba con riesgo de estrellarse. ¡Ay! ¡y de estrellar á la hermosísima niña!

Margarita, jadeante, sin aliento, llena de furiosa é impotente rabia, no pudo más, y cayóse de rodillas en las piedras.

Comprendiendo que sólo un milagro de Dios podía poner término á aquella situación trágica... exclamó, poniendo verdaderamente el grito en el cielo:

—¡Amparadme, Santísima Virgen Madre de la Misericordia, y os hago voto de eterna conformidad con todas las contrariedades que el cielo me enviare!

No se sabe cómo, el loco y la niña desaparecieron en un instante de un modo inesperado, y luego oyó Margarita una amante voz dominadora de los rugidos del mar, voz que decía:

—¡Está aquí! ¡Margarita, está aquí la niña!; Dios la ha salvado.

Aquella noche, abrazándose Margarita á su marido, lloró para dar desahogo á su corazón, y allá en lo hondo de su mente pensaba en el terrible hombre «Gris» representante del misterioso acaso que fuerza para castigar ó asegurar, cuando menos lo esperamos, los recios bridajes con que Dios tiene, por misericordia y justicia, enfrenados los desatinados y frívolos deseos del alma.

## FLOR DE PÍCAROS

### I

Quiénes son los mayores pícaros en estos tiempos, yo lo diré—me contestó el señor Juan, ya viejo, que había corrido por muchas aventuras.

—¿No te gustan las vidas de pícaros que te he leído?

—Pues si á ellas atendemos, es decir, á lo que en esos libros se refiere de esos aventureros, nacidos de nada, y con buen ánimo y muy avispados para hacer sus caminos, ¡por las barbas del maestro Salillas, gran apologista de Mateo Alemán! pícaro yo, que por pícaro me soy y tengo—repliqué el señor Juan, tomando un poco del decir franco y donairoso de las historias picarescas.—Pícaro sin sonrojo en el rostro, y ya también, por benignidad de los tiempos supresores del azote y disciplinas, sin sonrojos del tafanario, antes por satisfac-

ción del ánimo y honra mucha; y si no, *óyame*.

—Mira si eres pícaro, que casi hablas como los de antaño—exclamé yo á buen reir, y con esto empezó su historia.

—Nací en un lugar que llaman Carbejos, y que está donde yo le dejé. Padre, con serlo y además herrero de oficio, quiso que yo herrase, más hícelo, y he seguido haciéndolo toda la vida, sin el lujo de la h; pero en tropiezos y torpezas innumerables.

Hablaría de mis padres si no temiese que con esta ocasión andarían por escrito por lo que anduvieran en lenguas, y para cumplir el cuarto mandamiento váleme callar.

Alrededor de la hogaza casera, cuando la había, éramos ocho, ocho cucharas atacando como bravos hombres el sartenón de migas, la olla y la cazuela de sopas. Cada un día de la semana tocábanos á uno de los ocho ratoncillos un torrezno y aun roíamos los huesos del estofado si padre no los mondaba como dejándolos pulidos y relucientes.

Con ser muchos los animales en Carbejos, pocos eran los que calzaban el coturno de la herradura, y *asina* se nos hacía dificultosa la pitanza á pesar de los engaños del emberzado y de los muchos cebollinos y ajos, que *ajados* estábamos ya en flor.

Uno de los hermanos era el fuellero de padre; á otro presto le hicieron rey de la piara vecinal, y sacióse de bellota; una hermana ayudó á madre á remendar, y para otros oficios esperábase no más tuviese la mocica naturaleza, si no por honra, para provecho; los otros hermanitos eran como cachorrillos ambronzuelos y cegatos de tontuna y rusticidad.

Yo era rubiete y, según *comparanza* de muchos, como mi padrino tío Vicente, confitero y cerero de Villacastín; hubiérase dicho que éste me había fabricado de leche batida, por lo blanco que me era y soy, y de huevos hilados, niño de confitura, para conmigo hacer un regalo á su compadre, á quien tío Vicente, por mucha amistad, hubiera dado los cuernos de la luna.

—¡Qué bigardonazo es el muchacho!— dijo un día mi madre, al saber que yo, siguiendo el natural suyo, había hecho novillos á mi modo, como ella á su manera.— Déjense de escuela para éste y mandarle á servir con el señor Vicente, que allí aprenderá el oficio.

No creo que hiciese esto madre sino por el mucho bien para mí, porque mi golosina se despertó ante un oficio de tanto deleite, para el cual me sentía llamado por

vocación y bocación, y presto estuve en la portentosa fábrica de municiones de bateos y de bodas y en el arsenal de cirios para novenas, misa cantada, monjías y entierros.

Fué el caso que, más que á darme golosinas, fuí á servir de golosina, como presto se dirá.

Tenía el tío Vicente, entre otras empalagosas conservas de calabazas, membrillos y peros, una hermana apetedora de nunca aquel gusto hasta que yo fuí cumplido, y ésta exclamó al verme, retozándole en el cuerpo la por tantos años oprimida curiosidad:

—¡Mira el angelico! Parece un niño de fanal, transparente como la cera, rizado ya como una velica... Es unas glorias.

Y dicho esto, antes aprendí oficio que callo que el amasar en la artesa, el batir en el perol, revolver almíbares, hornar rosquillas y hacer muñequitos de almidón.

Quedé empalagado de rancio por desayuno de mi ya infortunada mocedad, y atrapando una arquetilla, que llena de monedas tenía la maestra cuarentañona, únicas vejeces de ella que fueron de mi agrado, tomé una noche camino de la corte, y casi ya á la mitad del puerto hallé un mocico, de poca más edad que yo, pero me-

nos animoso, aunque por sus ribetes de malicia y sus disimulos de cazarro, había que juzgarle como un muy experto pícaro.

—A buscármelas voy; ¿y tú, dónde bueno?

—A que me las busquen la misericordia ajena, la ajena credulidad y el afán de otros, que no el mío—me replicó el muy solapado, riendo como lego ladino bajo borde de capucha.

Lo cierto fué ¡rabia en mí! que en un mesón de Navalperal, dimos con unos que se decían caballeros de Madrid, que habían salido de la corte á solazarse unos días en el campo y eran, por verdad, no lo que parecían, sino hidalgos de baraja, personajes del naípe que con aquélla pusieron red á las moneditas de la confitera, y por negra suerte mía dejáronme sin amarillas ni blancas... y tan sólo con unos verduzcos cuartos cobreños donde ya estaba borrosa, por tanto manoseo, la sombra del rey.

Me arrancaba furioso los pelos, y me di de manotadas y pateando con rabia maldecía de mí, cuando uno de los gariteros que á hacer mayores había salido de la posada, vino hacia mí y me dijo:

—No se apene, *chicuco* (en lo cual, si antes por las mañas no lo hubiera enten-

dido, comprendí que era montañés, castellano viejo renegado), que esto le enseñará; le dāríamos sus dineros, que mire lo que nos ha de importar esa bicoca, si no quisiéramos que le sirviera de escarmiento.

Hubiera querido que, ya recibida la lección, me devolviesen el dinero, con lo cual habríanme hecho dos mercedes; pero no lo entendieron así, y lleno de tristeza, royendo un mendrugo, volví á mi camino y pronto se me juntó mi compañero.

—Ande, no se apene, que de hambre no moriremos. Tú puedes entrar de lacayo en casa grande... Entre tanto aquí hay dineros, que como voy recomendado por un escribano de mi aldea de Asturias á otro muy poderoso de Madrid, he sabido sacar muy bonitamente parte de lo que te robaron y que tú robaste á la confitera. Y como me llamo Cipriano que ya no te morirás de hambre en Madrid durante el tiempo que tardes en hallar acomodo, que no será mucho esperar; pues harás un buen lacayo de casa rica.

Esto me dijo, y con rumbo aparente me dió unas cuantas pesetas, quedándose él con un buen bolsón.

Viéneme á la memoria que cuando yo, olvidando prestamente mis penas, empecé á cantar, él me dijo:



—Así no se hace fortuna, sino que se logra con paciencia y silencio. Necesario es que no le sientan á uno el ruido de las pisadas aunque lleve el pie descalzo.

## II

Ya en Madrid, á la mañana siguiente se despidió de mí Cipriano, diciéndome que iba á hacerse curial, pero sin darme noticias de dónde habría de verle, y para mí desde entonces pasó, hasta años después, como si la tierra se lo hubiese tragado. ¡Sanguijuela que se hundió en el barro!

En racimo daré cuenta de los agrios años de mi vida. Fuí comparsa del teatro, colillero, demandadero; híceme luego truhán de las calles; senté plaza de lacayo de una vieja marquesa, que al fin me despidió, dejándome para mucho tiempo enjuto de frescuras.

Hallé muchos modos secretos de llenar con regalo el ovillo de mis tripas; pasé por las artes de la hampa fingiendo á maravilla cojeras, llagas, bubas, ceguedad, tartamudeces y mudeces; por grado llegué á la reventa, cultivé con maña el timo y la trapisonda, ascendí á muñidor de

enredos del matute; no me faltó, entre astucias y rapiñas, plato, copa y cigarro, hasta que, al cabo de servicios muchos y fama fundada, di en gancho.

Hacíame encontradizo y detenía en la calle al más pintado, exclamando con más donaire que un buen cómico:

—¿Qué veo? ¿Usted por aquí? No esperaba encontrármelo, y eso que he procurado ver si alguien me daba noticias tuyas... ¡Qué si no pasan años por usted!

—No caigo en quién pueda usted ser, señor mío—solía responderme el incauto:

Mas luego, con charla y listeza, le hacía yo caer en el boquete mismo de la trampa, como en el hoyo de una hormiga león, y era descuartizado en nuestro garito.

¡Quién como yo! De gancho pasé á gancho fullero, levantador de muertos y preclarísimo ingeniero de estafas muy gozoso y satisfecho. Así lo estuve hasta que cierto día tropecé de manos á boca con Cipriano.

Por él sí que no habían pasado los años sino para dejarle mejores y más saludables carnes; no iba vestido como yo; pero, con todo, quizás se hallaba en buen empleo para no morir de hambre.

Pobrete curial, voy á hacer como que

no le conozco y á engancharlo para nuestro garito; hícelo, y él no pudo, á lo que creí, reconocirme, y entre temeroso y sorprendido dejóse conducir al Casino de los madrileños... Mas cuál no fué mi sorpresa al ver que uno de los empleados *goznes* me dijo con sumo enojo:

—Al diablo contigo y á quien te traes por aquí, sin darnos aviso de ello.

Echéme á reír pensando que lo decían por mofa... ¡Sí mofa, cuando todo fueron atenciones, reverencias y avasallamiento ante Cipriano!

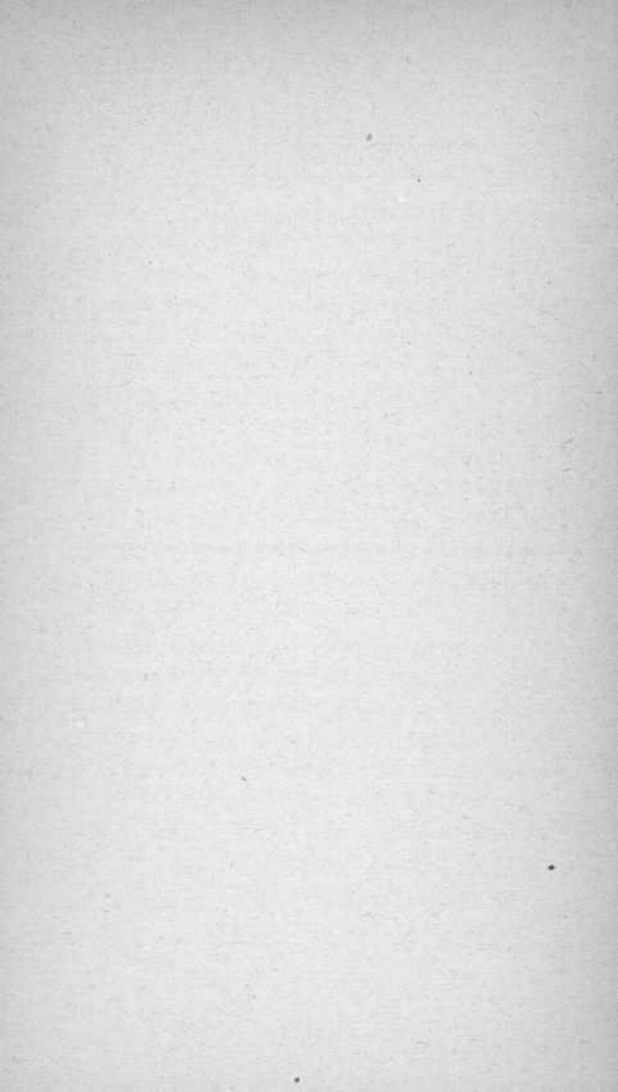
—¿Le conocíais?

—¡Es el amo! D. Cipriano Zarandaja Camándulas, hombre de importancia, señor feudal de matutes, garitos, chamizos, copetes, chanchulleros, préstamos, contratos públicos y hasta enredos políticos... Por lo demás, hombre pacífico, obscuro, modesto... y con mucho poder. Nadie le ha visto hasta hoy...

¿El me conoció? Lo ignoro: pienso que sí. Era silencioso y absorbente como el pulpo.

Estos, como el tal, éstos sí que en nuestros tiempos son la flor de los pícaros— exclamó Juan.

---



## POR EL BERGANTÍN

### «ARGUÍA»

#### I

La tarde era hermosa, la mar estaba serena; pero corría un soplo Sudeste que tal vez arreciase al anochecer, pero que entonces no tenía fuerza para jugar con los rizos de la nena, aquellos finísimos hilos en-sortijados, aquellos caracolillos rubios que el sol matizaba con pulverización de oro y que le caían graciosos por la frente á la chiquita. El cielo mostrábase limpio, y un suavísimo costero festón, de olas diminutas, producía, en la arena y en las rocas, el dulce y alegre ruido de los sonajeros.

*Jauna Gaitza...* barco que viene; tú digas que *haser*; puerto vengas, pues—dijo el mocetón Oyala encarándose con su viejo paisano, contra maestre ya retirado de la vida del mar.

Después, entre ambos sostuvieron intrincado diálogo, mezclanza confusa de algunas palabras castellanas y vizcaíno de Marquina, guipuzcoano de Azpeitia y ultra pamplonés de Olza, babilonia de dialectos eúskaros para desesperación del mismo diablo.

El viejo Gaitza gruñía como un perro que se ve amenazado cuando tiene presa ración entre los dientes, y apretaba con sus muslos á la nenica, que de pie entre las piernas del anciano y mirando á la mar, á la ilimitada extensión azul, aspirando con delicia el aire salado y embelesada por la iluminación rojiza de la tarde en aquel diafanísimo cielo, sentía la embriaguez de la vida y se agitaba de continuo por un infantil regocijo.

Estudiando los ademanes y gestos de aquellos hombres, fácil fuera llegar á la probable adivinación de lo que hablaran, que no por las palabras, pues por éstas posible era que ni aun ellos se entendiesen: el mozo parecía dar un aviso y formular un ruego urgente; el viejo revelar molestia y acoger las palabras del marinerero con indiferencia; enojábase el muchacho, y aquél movió una de sus manazas con los dedazos muy abiertos y apuntando con el pulgar hacia la boca, y

echando un poco hacia atrás la canosa cabezota, guiñó los ojos, hizo ademán de beber; parecía decirle: «Tú lo que quieres es hacerme ir al pueblo para que te convide de parada en una taberna del puerto y apiporrarte de sagardúa.» No tengo que aconsejar, no veo barco alguno... ¡Qué zurra! (Mentira).

Por respeto ó cansado de disputar, ó quizás repelido por alguna brusca réplica del marino veterano, el mocetón Oyala volvió la espalda, y estrujando el tabaco en la pipa y la pipa con los dientes, puso gran sosiego en encenderla, dió dos chupetadas, aspiró dos nubarrones de humo, y con la cabeza baja y encorvado su largo, enjuto y musculoso cuerpo, se encaminó con espacioso paso hacia el pueblecillo.

Oyala le había ido á avisar que se le esperaba en el puerto para que diese su consejo; creíase que el *Arguia*, bergantín contrabandista, mandado por Frasquito, en cuya casa como huésped vivía el viejo; Frasquito, padre de la nena, que el *Arguia* estaba vigilado por un buque de guerra, era necesario... salir al encuentro del bergantín amigo y darle aviso.

¡Fantasías... ó mentiras! ¡Cómo el viejo iba á molestarse por tan poca co-

sa...! El se había propuesto vivir sin incomodidades... ¡Allá ellos!... Pasaba en efecto una grata existencia.

Vaya una vida que se daba el viejo... descansada, regalada, egoísta... El, que había navegado tantos años y por tantos mares, corriendo temporales terribles y aventuras espantables... tenía derecho á aquel reposo.

Todo lo había propuesto y calculado para lograrlo; hallábase en aquel pueblecillo de la costa andaluza, no sólo por el clima que le recomendara el cirujano de la última corbeta en que había servido, sino porque halló allí á dos paisanos, hijos de un antiguo camarada, los Oyalas: Juancho, el Capitán del bergantín contrabandista *Arguia*, y José, patrón de una lancha de pesca, propiedad de Gaitza, lancha que le producía buenas ganancias al viejo, lo cual, unido á la renta de sus ahorros, hacía una existencia apacible, confortable, deleitosa.

Daba un tanto á Solita por el hospedaje, nunca más de lo estipulado, y era necesario servirle de lo bueno lo mejor y todo á un tiempo. ¡Un señorón!

No había querido ir á su tierra, entre otras razones, porque no cayesen encima de él hambrientos y codiciosos parientes.



Comer, beber, fumar, dar algunas órdenes, ir á misa los domingos y evitarse los peligros de la familiaridad por los gastos y por los disgustos, eran sus preocupaciones. ¡Un egoistón, un egoistón! Pasaba hasta por viejo avaro.

La niña tan sólo, la niña, la hija de su patrón, habíala cobrado un cariño entrañable; llevábala siempre consigo, la veía embelesado jugar en la playa con las conchas, en tanto él, fumando perezosamente pipa tras pipa, dejaba pasar las horas en dulce abandono. ¡Descanso deseado!

La nena estaba descalcita y con sus piecitos chiquitines, de microscópicos dedos, mostrando aquellas dos menudencias de fina piel blanca y sonrosada, pisoteaba la húmeda blandura de la arena. Había en el afanoso contento de su mirada una como aparente é inteligente atención observadora; parecía explorar algo lejano como despierto piloto que atisba en la lontananza del mar; de pronto lanzó un breve grito de aguda sorpresa, estremeciósese regocijada, y apuntando con el monísimo índice de su manita derecha á la línea difusa que la bruma marina tendía por el término del horizonte sensible, exclamó:

—*Audic Arguia é begatín...*

Enderezóse el anciano, sostuvo con una mano á la niña y puesta la otra mano sobre los ojos para aviserarlos y fruncido el entrecejo, clavó sus dos pupilas azules, poderosas para larga vista, hechas á resistir las refulgencias del sol en el mar y á traspasar las negruras de la tormenta, y descubrió á lo lejos muy lejos, la silueta de un gallardo buque.

No era el *Arguia*, no. Por aquellos años de 1830 á 1835, en que la arboladura y el casco de los buques se ajustaba así en los arsenales militares como en los astilleros particulares á la más clásica arquitectura naval, no era tan fácil distinguir un bergantín de guerra de un mercante, y menos de un bergantín contrabandista. Gaitza, á pesar de que ya en sus pupilas aparecía el disco gris, indicio senil, pudo diferenciar muy bien el buque aparecido del bergantín en que hacía contrabando Frasquito, padre de la niña; aquel no era el *Arguia*, era un airoso bergantín de guerra guardacostas, un maldito perro de caza.

—*Aita, aita*, padre, padre *Aita*,—exclamó la niña aleteando con los bracitos y las manos, toda anhelosa, enardecida; como si quisiera lanzarse al mar.

No era padre, no era padre; era una go-

leta de guerra, tal vez la *Audaz* ó la *Andaluza*, espiones de aquellas costas del Mediodía, con catorce carronadas de á 24 por dientes y dos cañones de á 12 por colmillos, bien nutrida de balas rasas, granadas y saquillos de metralla y palanquetas; su buen armero de fusiles y pistolas, espadas, dagas, hachuelas y facas; Capitán valeroso, oficiales expertos y más de 70 hombres de mar y guerra. Desde tierra se dieron aviso los vigías contrabandistas.

Crujió de pronto el espacio por agudísimo estallido de silbidos que se cruzaban de una á otra parte; señales eran de que en aquel pueblecillo andaluz de contrabandistas y pescadores había sido ya notada la presencia del león de mar. El chico Frasquito, el patrón y el piloto contrabandista del *Arguia*, debía de haber sido descubierto; sin duda se le esperaba y se le acechaba; la guardia costera, traidora al Rey y traidora al contrabando, había dado al soplo.

Era de temer que á la hora del crepúsculo el *Arguia* estuviese de vuelta de Gibraltar y fuese sorprendido y abordado como descuidada paloma por el artero gavilán.

Era la goleta *Andaluza*; el viento ha-

ciéndose por la Marina real servilón, creció soplando y sometiéndose á la calculada maniobra del Capitán, apanzó las mayores, infló los foques y llevó con suave empuje hacia la embocadura del puerto al gallardo buque.

Los pilotos de á bordo de la *Andaluza* conocían minuciosamente aquellas costas, sus bajos, restinjas y corrientes, la disposición del fondeadero y la estructura de las riberas. El barco, que era de finísimo corte, muy sutil y marinero, realizaba una habilísima maniobra para embocar con tino la entrada en la bahía. Como el bergantín aunque con viento flojito y sonando, arrancaba rápido, pronto estuvo tan cercano que el viejo pudo apreciar bien todas sus maniobras.

La trasmudanza continua de aquellos fondos tan variables exigía todos aquellos cuidados, como de un hombre que va mirando donde pone los pies; en cuanto á las velas, eran manejadas con la rapidez, destreza, precisión y seguridad de un verdadero buque de guerra. No esponja, ni junta sus plumas, ni extiende y recoge sus alas con mayor presteza el águila caudal, que arriaba ó largaba sus velas ó metía á una y otra banda la caña del timón el antiguo buque militar.

El viejo, al propio tiempo que mostraba en su cara una terrible expresión de odio al buque, pensó á punto casi de reirse complacidamente:

—¡Hermoso, hermoso! ¡bergantiña, bergantiña ederrá!

## II

Ya había anochecido cuando la goleta *Andaluza* fondeaba en la bahía.

El viejo dejó su casa y se dirigió al puerto.

Iba en busca de bravos que saliesen al mar á dar aviso al *Arguia*... Mas no los halló.

Oyala, borracho... en el puerto no había pescadores; los remeros de bote, unos por cobardes otros por traidores, no eran de fiar... Y no cabe duda, la *Andaluza* se había metido allí... temiendo peligros serios ante la amenaza de un temporal... pero también por asegurar la *caza*.

El perro estaba dentro de la madriguera del conejo... y Frasquito, tal vez, ¡qué tal vez!, seguramente lo ignoraba... y aquella misma noche se metería en el puerto... y en las garras de tan temible goleta.

A Frasquito, el bravo, se lo tenían jurado: á Frasquito lo colgarían de una entena del *Arguia* no bien cayese el barco en poder de la *Andaluza*.

Caer de una manera tan poco airosa en el lazo, era impropio de la gallardía de Frasquito, el más audaz y arriesgado de los contrabandistas.

Era preciso avisarle; pero ¿cómo?, ¿cuándo? Había que lanzarse á alta mar en un bote pequeño, ligero, invisible... Remando con brío y á fuerza de puños salir fuera al encuentro del *Arguia*, abordarlo... y evitar su captura...

Buenos están mis brazos ya... Además luego que me esfuerzo, enronquezco... se me hace el pecho un saco de flemas... y me ahogo... ¡Temporal!... ¡Temporal! No está cercano... se decía Gaitza mirando al cielo, ya un poco neblinoso... Amaga viento, chubascos y mar gruesa... pero lo toma despacio... ¡Aún se podría!

Pero ¿á mí qué? ¿No le he dicho mil veces á Frasquito que no lleve esa vida? ¿Es mi hijo? ¿Es mi hermano? ¿Es siquiera mi camarada? Si lo atrapan ó lo ahorcan ó lo mandan á presidio toda la vida... ¡Pobre de su mujer... pobrecita de su hija!... ¡La pobrecita niña!

¡Ah! Por ella... por ella, sí... por aquel

angelito sonrosado, que era toda la alegría de su vejez...

La nena, la nena se le apareció al viejo, mirándole compungida, suplicándole, hablándole con gracejo andaluz y pronunciando algunas palabras vascongadas que él le había enseñado.

Vamos, dígase que el viejo, que había resuelto no entrar en la mar, se dirigió al muelle marchando con receloso paso en la obscuridad; y luego, á tientas, desamarró un bote, metióse á bordo, tomó los remos y suavísimamente... bogó, y sin que nadie pudiera verle ni oírle... pasó junto al temible buque de guerra, y al fin hallóse fuera del puerto.

Una vez allí, arboló el palo, izó la vela y perdióse en la alta mar...

Dos horas después las aguas de la bahía se alzaban en furioso oleaje; en la playa el estruendo del oleaje era terrible; allí, en lontananza, en lo más lejano del mar, mugía el huracán y lanzaban deslumbradores relámpagos.

En lo más tenebroso hallábase el viejo, en su barquichuelo, como una pipa rota; el viento arrancó su vela y desarboló el palo... el bote, que ya hacía agua, y en en el que incesantemente había tenido que achicar Gaitza, iba á ser anegado por

las terribles olas, enormes montañas que se alzaban furiosas... ¡Qué lucha! ¡Qué desesperación!... Ni sus esfuerzos, ni sus gritos, ni su braveza... valían... perdióse para siempre... nadie... nadie supo de aquel valeroso viejo... nadie... sino Dios que acoge en su seno las almas de los héroes...

Tan sólo por algún tiempo la nena le buscaba por la playa, le buscaba entre las rocas... ó mirando al misterioso mar... sentía la esperanza de verle aparecer... y le llamaba con aficción... como si alguien le hubiera dicho... aquel viejo egoísta, te amaba, te amaba... y se ha sacrificado por tí...

*Aitaita, aitaita*—decía llorando desconsolada—*Aitaita*, abuelito... y al fin ya no miró al mar... miró con fe vehemente al cielo... allí, allí estaría el amado viejecito...

---



# A LAS PUERTAS DEL CIELO

El sueño, como efecto cerebral de un ciego que por operación recobra la vista, es una maravilla para estudio del psicólogo.

BECKER

## I

Vamos, pasa, y no te embobes...—le dijo San Pedro.—Mira que aquí se abren pocas veces las puertas, y el que pierde el tiempo y no entra pronto, se queda fuera por una eternidad.

—Allá voy, señor Todopoderoso... sino que como he sido en vida ciego de nacimiento y ahora por primera vez se me abren mis ojos y veo una luz clarísima, estoy asombrado, —replicó Juanillo. — ¡Señor Omnipotente!

—Yo no soy Dios, pobrete.

—Como sois tan resplandeciente...

—Pues yo soy el portero, como quien

dice el último de la casa; conque figúrate cómo será el Señor Altísimo. Ni tú has penetrado aún en la gloria, pues estás en la entrada de la portería.

—¡Ah, señor San Pedro!—exclamó Juanillo.—De vuestra parroquia he sido, y fui devoto vuestro.

—Sí, hombre, sí, estoy enterado... bien te he oído, porque desde el cielo, aunque estamos á tan gran distancia de la tierra, todo se oye. Has de esperar aquí la orden de entrada, y aunque ganaste el cielo, es necesario cumplir las formalidades del juicio... Siéntate allí y aguarda; pero no vuelvas á traspasar esa puerta... porque repito que si ella se cerrase y te cogiera fuera... ya no podrás entrar en la gloria, pues en tal caso, sólo una vana curiosidad podría haberte obligado á salir de la gloria... y aquí hemos de estar eternamente limpios de todo necio deseo.

Aguardó Juanillo, lleno de alegría. Ya de sus ojos había caído la venda...

Momentos antes había muerto en la tierra, aun no habían sepultado su cadáver... y ya por haber Juanillo sufrido con resignación su cruz, su ceguedad tenebrosa, merecía el premio.

No bien había expirado Juanillo, cuando se halló en las mismas puertas del cie-

lo, y allí, donde tantos bienes han de hallar los humanos justos y virtuosos, no había de faltarle la sensación casi celestial de la vista, de la cual gozán hasta los malvados de la tierra.

En efecto, ya en el portal del cielo se había operado el milagro.

El goce de la luz fué para él, no gradual y levísimo como el que aquí en la tierra proporcionan los oculistas á los enfermos de ceguera que aquéllos curan, sino instantáneo y completo.

No padecía de alucinaciones, ni de ofuscamientos, ni vió los falsos colores accidentales; ninguno de los errores que por acá sufren nuestros débiles ojos, ninguna de las visiones erróneas: ni inversión, ni convergencia ó divergencia de los rayos luminosos; ni la fatiga ni el deslumbramiento; ni el daltonismo ó acromotopsia, ni la diplopia, ni la hemiopía, ni la primera, por la cual no se pueden apreciar los colores, ni la segunda para la que se vé sólo la mitad de ellos, ni la plebiscia ni la miopía... La luz vió como no podemos verla en el mundo sin que la sombra nos la vulnere, sin que confusos cambiantes nos perturben su pureza. ¡Somos casi ciegos los desterrados en este valle de lloriqueo! La luz pura, la luz celes-

tial fué la que vió Juanillo pasmado de asombro.

Círculos tras círculos de hermosísimos colores, franjas de un rosado vagoroso de tenue luz, ráfagas fulgentísimas en las cuales se veían millones de cabecitas de angelitos sonrientes que pasaban cantando alabanzas á Dios...

Acá un foco de suave fragancia, soles compuestos de discos de varias luces de iris...

En una vía de estrellitas clarísimas aparecían las vírgenes...

Más allá los confesores... los tronos de los mártires...

Esto pudo entrever Juanillo de lejos.

¡Ah Dios mío! lo indescriptible, y eso que Juanillo no había pasado del celestial zaguanete y se hallaba entre dos puertas.

## II

—Pues señor, aquí se está como en la gloria—se dijo satisfechísimo Juanillo, y pensó después:— ¡Pero que bobalicón soy!... ¿Pues dónde me hallo sino en la misma gloria? ¡Y yo que al ver aquel hermoso anciano de deslumbrante ropaje que salió á recibirme á la puerta, pensé que era el mismo Dios!

—Ya le verás, hombre; no te apenes, que aquí no caben penas—dijo una voz— y vió Juanito junto á sí á un santo anacoreta.

—¡Mi adorado San Pablo, primer ermitaño, santo de mi devoción!—exclamó lleno de gozo Juanillo.—¡Qué sorpresa!

—¿Cómo sorpresa? Pues qué, ¿no creías hallarme en el cielo?

—Sí santo mío... pero, á la verdad, ahora me ha cogido su aparición cuando menos la esperaba.

—Vamos, vamos, serénate, ten calma. Ya te llevaré á la presencia de Dios. Ahora tienes que esperar aquí, en la portería, hasta que te anuncien; piensa que fuera de esa puerta están muchos compañeros esperando impacientes y sin haber visto todavía un cachito de gloria; yo vengo aquí con otros santos á hacerle á San Pedro la tertulia.

Era el zaguán un lugar delicioso, iluminado por un esplendor violado purísimo. Se reunieron allí varios santos, entre ellos San Antonio Abad y otros anacoretas.

Veteranos de la penitencia, soldados que habían combatido rudas campañas en la Iglesia militante y se veían ya gloriosamente en la triunfante.

De vez en cuando les gustaba hablar de sus luchas en la tierra como guerreros que ya en la paz del retiro gozan recordando sus campañas.

—Tú sí que has sido feliz, bienaventurado Juanillo—dijo San Antonio al joven;—naciste con la penitencia de la ceguera, como quien dice, ya en coche para la gloria.

—Ciertamente,—añadió un santo.—Si tú vieras lo que tuve yo que vencerme para no poner el gusto donde los ojos querían llevar el ánimo!... Nada más peligroso para un penitente en ayuno que ver una mesa magníficamente servida, con grandes jarrones de transparente cristal, bandejas de lucentísima plata y rico oro, vinos de un color y una transparencia casi tan bellos como los del cristal y la plata, manjares tras de los cuales se iba el apetito, frutas sazonadas, rojas naranjas, amarillas manzanas, encarnadas sandías, todo esto lo puso ante mi vista, cuando yo estaba en el mundo, un caballero rico, inspirado sin duda por Satanás... ¡Qué seducción para los ojos! Pero á bien que éstos hoy, por aquel sacrificio que hice, pueden gozar de la contemplación de la más perfecta hermosura.—Ciertamente,—pensó para sí Juanillo.—Yo he gustado

alguna vez sabrosos manjares y jamás tuve el disgusto de no verlos... ni me pesa no haberlos visto.

—Aquí, ya hablando en confianza—dijo un santo,—bien sabéis que yo he hecho muchas y muy duras penitencias. Pero he pasado por terribles pruebas. Hallábame en mi cueva, la cual por cierto han prolongado mucho abriéndola al extremo opuesto y convirtiéndola en túnel, por el que pasa hoy el diabólico ferrocarril... pues bien, hallábame en mi cueva puesto en oración muy extática y absorto, cuando de pronto oigo una voz suave, una voz femenina... Tapé mis oídos. ¡Qué seducción fuerte es en la tierra una bonita voz de mujer, sobre todo cuando ésta canta! Mas llegó á embriagar mi nariz un perfume delicioso... ¡Oh!, que mi flaca naturaleza se rendía!... Entonces sacudíme fuertes, crueles disciplinazos, hasta sentir mis desnudas espaldas húmedas de sangre... y vencí la tentación.

Juanillo recordaba que, en efecto, mil veces las dulces voces de algunas mujeres le habían producido embeleso, y que las aromas le habían deleitado.

—Orando estaba, cuando en las sangrientas heridas de mis carnes sentí un frescor... una suavidad deliciosa... pero

llo de una resistencia enérgica contra el pecado, volví á sacudirme de recio... El tacto agradable es la peor de las *tentaciones*, la más brutal, la más obtusa.

Juanillo se atrevió á decir que del tacto había hecho él, como ciego, un sentido casi perfectísimo.

—Aun no había llegado lo peor—añadió el santo penitente;—faltaba la más peligrosa seducción, la de la vista.

Al oír esto Juanillo escuchó con viva curiosidad; él no había visto el mundo, y malo ó bueno hubiera querido verlo.

—Presentóse ante mi vista una joven de dieciseis años; no tenía esta pureza, esta hermosura celestial, sin mancha, de los santos; pero hay en todas las creaciones de Dios, hasta en las de la tierra, encantos inesperados. Figuraos que los ojos eran negros, de sedosas y finísimas pestañas, ojos que necesario era haberlos visto para comprender lo que valían, ojos llenos de un fuego abrasador; blancas las manos; trigüño el rostro, pero con delicadeza, descolorido, sonrosado en las mejillas, y unos labios frescos y rojos... No sabía qué admirar más, si el rubio, aquí oro, allá oscuro, de sus cabellos, el color de su cutis, ó la gallardía y la elegante proporción y el bello contorno de su cuer-



po. ¡Vencí, vencí, y cerrando los ojos vigoricé el castigo dándome fieros disciplinazos!

—¿Cómo serán las mujeres en la tierra?—pensaba en esto Juanillo.—¡Y yo que no las he visto!

Habló otro santo del peligro que había corrido de perder su misticismo viendo bailar á una egipcia; otro de lo que le había perturbado la graciosa charla de una andaluza; éste de las morenas, aquél de las blancas, y convinieron todos en que la mujer es en el mundo la más hermosa tentación.

—Son tan audacias—dijo San Pedro—que hasta las puertas mismas del cielo vienen muy seguras de que con sus arrumacos voy á dejarlas entrar.

—¿Sí?—preguntó Juanillo.

—Lo que oyes. ¡Alguna habrá!—replicó San Pedro.

—¿Quien me impide ver lo que no he visto?—se dijo Juanillo al oír esto, y muy cuidadosamente se fué llegando á la puerta... y miró hacia afuera.

Nada vió en un principio, pues como salía de un lugar tan luminoso, hasta la luz del sol resultaba como tinieblas... pero pronto vió el rojizo esplendor y por él una hermosa figura, no blanca y

nívea como las celestiales, sino con la coloración de la carne humana, en cuyas venas hierve la sangre abrasada por el pecado. Vió uno ojos llenos de pasión; vió unos labios rojos, una cabellera negra, un pie diminuto que por verlo bien y más de cerca avanzó dos ó tres pasos más, alejándose de la entrada del cielo, cuya puerta se cerró...

Apenas había sentido el agudísimo dolor que esto le produjo, cuando el pobre enfermo despertó.

Aún tenía la pantalla en los ojos. Albitos le había operado hacía algunos días; ya había visto el enfermo la luz... causa del delirio de aquel sueño; pero había visto algo más: había visto á Mercedes, á su enfermera, á su prometida, y allí la tenía al lado de su cama, y aquel día podía verla algunos momentos, pues, y luego, luego... verla y amarla durante toda su vida.

—He soñado—dijo el ciego—que había perdido para siempre la gloria por mirarte; y en efecto, aquí he vuelto al mundo á tu lado... á tu lado...—dijo el enfermo estrechando dulcemente la mano de su amada.

---

# EL BORRACHO

(CUENTO ORIGINAL)

## I

Nuestro paisano Cosme llevaba ya más de seis meses trabajando en la ciudad, en una de las más hermosas ebanisterías y carpinterías de la misma, y estaba contento: buen jornal, un maestro que le consideraba llamándole... «Señor Fernandez», vamos y gozando de otro—él no sabía cómo decirlo,—de otro aquel... otro aquel... que no había tenido Cosme en el pueblo.

Digamos que el tal «otro aquel» era lo que había desvanecido á Cosme, lo que le mareaba, lo que excitando su imaginación y sobre todo divirtiendo diversa y continuamente sus sentidos, le mantenía en constante admiración. Era el amplio espectáculo de las grandes calles y plazas,

el animado ir y venir de las gentes, muchas gentes para él una innumerable muchedumbre: como que todos los habitantes de su aldea, de nuestra aldea, hubieran cabido con holgura en cualquiera de aquellos espaciosísimos portales de los edificios de la capital. Asombrábale el esplendor de los escaparates, el ruido de los caruajes y el estruendoso bullicio público de vendedores de quisicosas y sobre todo de los periódicos. Su taller le tenía maravillado: era alto como la iglesia en que á Cosme y á nosotros nos bautizaron... ¡los camaradas de trabajo... qué bien vestidos y qué listos para hablar de todo, que de todo sabían!

---

Seis meses antes, una fría mañana de Enero, había salido Cosme cargado con un saco de ropa y una cesta monumental, y tras él, casi á la rastra y cojidos uno á una punta del chaquetón de padre, y otro á la mano del primero, sus hijos... y los tres seguidos de madre, que llevaba una chiquitina en brazos y otro pequeñuelo agarrado á las sayas de aquella buena mujer; todos iban pobrementemente, sí, pero con limpieza, vestidos «de pueblo», es de-

cir, de aldeanos, ó como en la ciudad se dice de «paletos».

Había tenido que emigrar de la aldea porque en ésta faltaba el trabajo, y un paisano que residía en la ciudad había encontrado ocupación para Cosme en un soberbio taller.

Toda la familia se había tenido que meter en el angostísimo tabuco, que era cocina, excusado, sala, alcoba, todo á la vez; en una madriguera, que existía en el largo corredor de una casa de vecindad, vieja, sucia, llena de nichos ó celdillas semejantes, en cada una de las cuales vivían también, oprimidas y revolviéndose penosamente, familias más numerosas que la de Cosme... Allí en aquel cuartucho, sombrío como un calabozo, perdieron Juana, Antoñito, Andrés, Carmencita y Paquín, los hermosos colores de manzanas sazonadas, las carnes jugosas y apretadas que habían tenido allá en el lugar, y con las que llegaron á Madrid.

Los chiquillos se fueron quedando esmirriados y amarillentos... y hablaban, ellos que eran tímidos y callados, hablaban como cotorras... y habían aprendido cuanta picardía han inventado la necesidad y la malignidad humanas para hacer odioso al más precioso dón que reciben de la divina Omnipotencia.

Cosme podría gustar de la vida de la ciudad... pero Juana, ¡Juana! ésta nunca. Lo llevaba todo con resignación; más en su rostro, antes tan animoso y franco, se pintaba una expresión de profunda angustia... y algunas veces se atrevía á decirle á Cosme:

—¡Ay, Cosme, quién se viese ahora allá á la puerta del huerto del Cristo, ó lavando la ropa en aquel arroyo tan *hermoso*, que deja la ropa como la *misma* nieve... y *más* que no tuviéramos que comer sino sólo una *miaja* de pan y unas patatas y unas muelas!... Bastaría aquel aire y el sol aquel de gloria, y vivir á dos pasos de la iglesia en que á una la han echado el agua de cristianar y á la vera de donde están *enterraos* la madre y el padre... Vamos allá... si no ganamos lo que una quiere ganar... no le falta á una de aquí y del otro lado su poco de remedio... y sobre todo lo que digo, tiene una luz y aire que es gloria de Dios... ¿Con qué se paga esto?

Cierto era que habiendo hecho un poco de coraje y habiéndose quitado un tantico de soberbia, Cosme hubiera podido vivir allí... pero también era verdad que allí no se estaba en la abundancia; pero á pesar de esto... mejor se vivía allí con la hambre que acá con la hartura...

—Anda contigo y qué de *barbariades* dices... ¡*Mia* que *acomparar* aquello, un corralillo de vacas, con esto!—repetía Cosme,—y se reía con toda su alma.

No le quedaba á su pobre mujer otro consuelo... que ir algunas mañanas á la iglesia... y cuando no podía ir ella... asomábase á un ventanillo que había en el tabuco... y desde el cual veíase, tras muchos, muchos tejados, altos y bajos, un campanario... y lejos, muy lejos... allá ¡lontano, lontano, como decían los chicos... una miaja de campo!...

Esto, el tañido de las campanas y el azul del cielo... daban á la pobre mujer el consolador recuerdo... de aquellos montes, aquel templo, aquellos amplios é iluminados, espacios... el mundo aquel, aquel otro mundo en que ella se había criado.

## II

Cosme tenía un deseo... el deseo de emborracharse.

Allá en el pueblo, situado en el lugar llamado Páramo de la sierra, hermoso, pero abrupto y pobre, no había vino, pues no se podía llamar vino el agua chirle que por tal vendían... Tan sólo de año á

año, dos ó tres veces, en las romerías del valle... se podían emborrachar... los hombres...

¡Pero en Madrid!...

Vaya había que hacerlo... El no tenía mal vino, un poco reir, un mucho parlotear, y así íbase poniendo pesado... pesado... tanto, que ¡cataplúm! al suelo... y allí quedaba dormido como un tronco.

Al fin se metió en un magnífico almacén de vinos, convidando á varios compañeros. ¡Qué *manífica* la taberna aquella!... Grande, pintarrajeada. Puede que allí fuera todo el señorío...

A punto estuvo Cosme de quitarse la gorra, y no volvérsela á poner hasta que saliera de allí... Entró, bebió... ¡Un vino fuerte... fuerte! Cierto que á él no le gustó mucho... porque no estaba hecho á lo bueno, según le dijeron... pero era de lo superior...

Sus compañeros se fueron... y él se quedó allí... Tenía que tomarla... y la tomaría...

Que risa le produjo esto á un buen hombre que se hallaba sentado junto á una mesa, no lejos del mostrador, hablando con otros... ¡Bien! también se reían...



Ya iba estando borracho Cosme... Todo bailaba en torno de él... Y sin embargo... ¡cosa extraña! no se sentía bien... Casi puede asegurarse que estaba triste...

Estaba triste... Claro, triste por lo que oía hablar, y que á él llegaba muy confusamente.

—¿Mi mujer? Esa no asoma el hocico por aquí... se lo cortaba de un trompis—decía uno de aquellos hombres...

—Oye tú... compadre... ¡Eres de Galicia!

—¡De Galicia!...

¿Se lo dirían con ánimo de burlarse de él?...

No, no se burlaban. Sencillamente era que así lo habían creído, y además, no despreciaban aquellos señores á los gallegos... ¡Pobres las víctimas, los más desgraciados de los infames burgueses!

Burgueses... unos seres odiosos.

¡No, no le alegraba el vino á Cosme! Era un horno su vientre... y le latían las sienes fuertemente y sentía odio en el alma...

El *rojo*... un hombre chiquito y feroz que vomitaba blasfemias...

El *chato*... un paliducho raquítico que decía infamias...

Estos hablaban sin cesar... Cosme escu-

chaba cosas que hasta entonces nunca había oído.

El era una bestia de carga, una bestia que sudaba y sudaba... y recibía una miseria después de trabajar y trabajar, engordando á los ricos... ¿De dónde venían todas aquellas ideas que por primera vez perturbaban su espíritu? ¿Eran sólo las palabras confusas, pero ardientes, que resonaban en la lobreguez de la taberna? ¿Llegaba hasta él el odio, que le conmovía, de los labios de aquellos hombres que sabían más que él?

Lo único cierto para el rudo Cosme, la única idea claramente perceptible en aquella vaga irritación que le invadía, era la de que no estaba en el vino la causa de sus sentimientos. ¡Qué había de ser el vino! Si el vino para él había sido otras veces fuente de exaltación muy distinta; bromas y regocijo era lo que siempre le había producido, pareciéndole siempre todos los amigos buenos y generosos, todas las mujeres hermosas, las casas y los árboles.

¡Encono y furia en el corazón!... y ante los ojos una luz neblina rojiza, cual si fuera color sanguinolento, tenía Cosme cuando salió de la taberna.

## III

Al llegar á su casa era de día, halló á su mujer arrodillada y rezando ante el ventanillo... Oía el tañer de la campana.

—¿Qué haces?—la dijo—¿rezar? y la dió un empellón violento, y la infeliz cayó al suelo...

.....  
.....  
¡Cosme, el paleta, ya estaba civilizado!

FIN

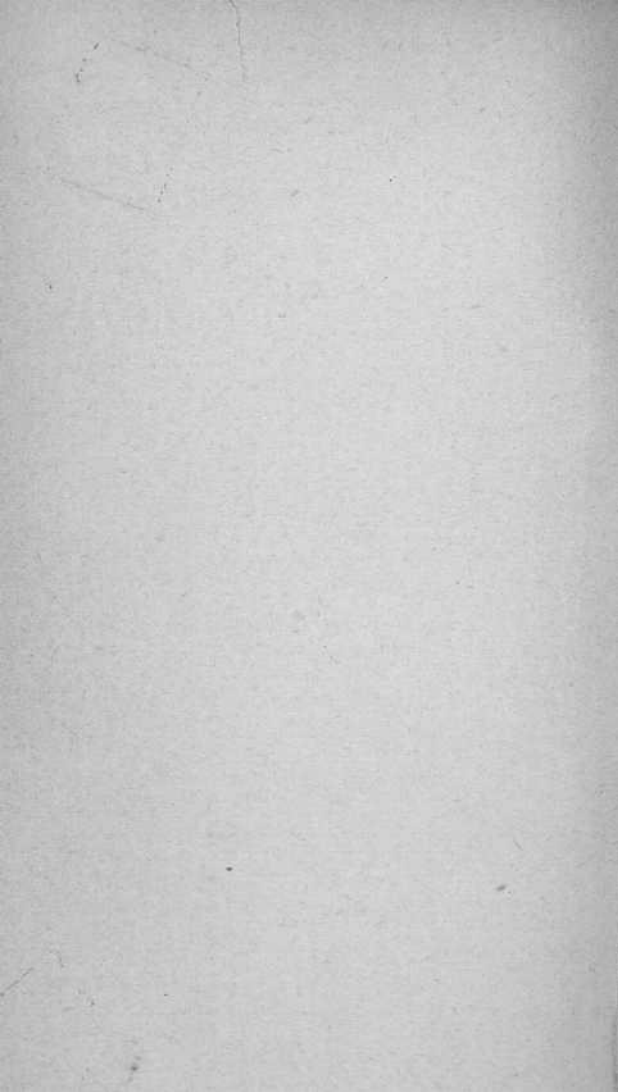


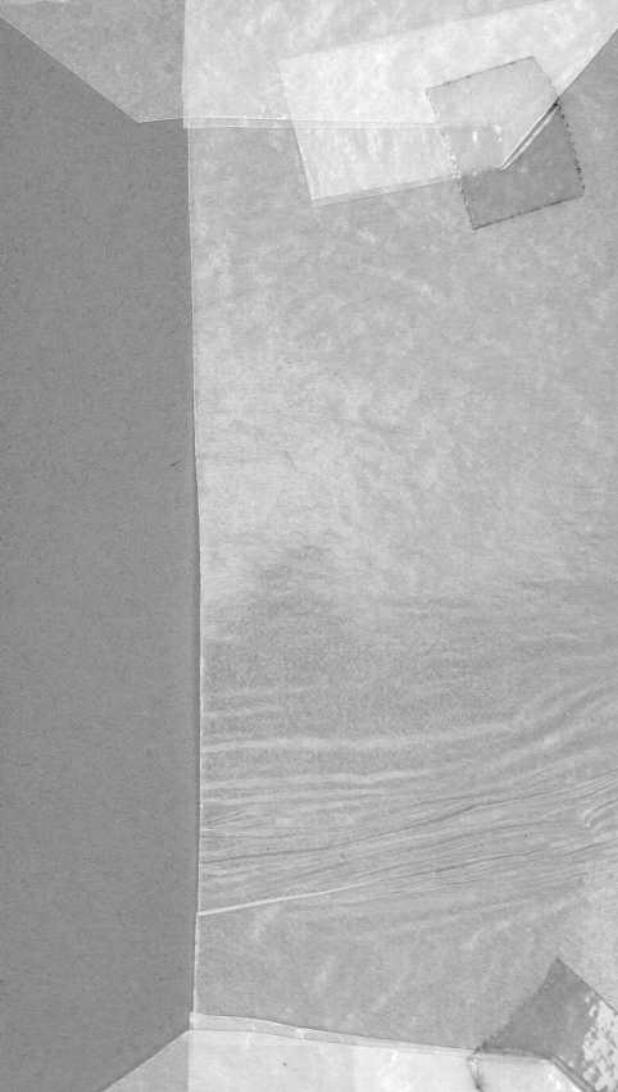
# INDICE

---

	<u>Págs.</u>
Fray Muñeira. . . . .	7
Las campanas. . . . .	17
Bú... Bú... Bú... . . . . .	27
La alma de la ley. . . . .	35
Pepón y Pepín. . . . .	43
Farolín rey.. . . . .	49
La embriaguez de un esqueleto. . . . .	61
Los comerciantes. . . . .	67
El ramo de las tres naranjitas.. . . . .	75
La mano de Beltcebú. . . . .	87
Historia de un alfilerito. . . . .	97
La invención del pâtre foie gras. . . . .	103
Bartolo y la Alpini. . . . .	117
El caballero gris. . . . .	123
Flor de pícaros. . . . .	133
Por el bergantín «Arguía.» . . . .	143
A las puertas del cielo. . . . .	155
El borracho.. . . . .	165







UNA Peseta

G 44466



**G 444466**